

TORMENTA EN EL COSMOS

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION


BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del
ESPACIO
TORMENTA EN EL COSMOS
Glenn Parrish
CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

436 – El enigma del microcosmos, *Ralph Barby*.

437 – Los vigilantes del cosmos, *Joseph Berna*.

438 – ¿Hombres o máquinas?, *Glenn Parrish*.

439 – Astucia terrícola, *Ralph Barby*.

1. – La era de los robots, *Joseph Berna*.

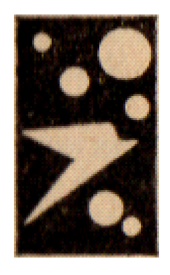
GLENN PARRISH

TORMENTA EN EL COSMOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 441

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 38.088 - 1978

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1979

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El capitán Philo Ganz, de la VI División de Exploradores-Detectores Galácticos, observó repentinamente en los instrumentos de su astronave el aumento de la actividad en una estrella situada a muy corta distancia del lugar en que se hallaba. Una buena dosis de prudencia, unida al sentimiento natural que era el instinto de supervivencia, le hizo apartarse a toda velocidad del lugar donde se iba a producir una tormenta cósmica.

La tormenta estalló, en efecto, una semana más tarde, pero no en la forma que había pensado, mediante una erupción de radiaciones solares, sino porque aquella estrella hizo explosión y, en pocas horas, consumió todos los planetas que componían su sistema.

Durante largas horas, los ojos convenientemente protegidos, el capitán Ganz contempló el inenarrable espectáculo que eran los miles de rayos de todos los colores que surgían de la estrella en explosión. Luego vio aquel horrible fuego cósmico avanzar hacia los planetas, consumiéndolos como si fuesen simples frutos secos. Cada vez que las llamas solares alcanzaban un planeta, se encendía de nuevo un pequeño sol que, sin embargo, volvía a apagarse en muy poco tiempo.

En sus continuas exploraciones por la Galaxia, Philo Ganz se había encontrado en más de una ocasión con un sol que explotaba, convirtiéndose en una estrella «nova» y destruyendo su sistema planetario. Era la primera vez, sin embargo, que se producía un fenómeno de semejante naturaleza y sus instrumentos lo reflejaban con cierto retraso.

El retraso había sido importante, tanto, que estuvo a punto de costarle la vida. Se había salvado por sólo veinticuatro horas; era todo el margen que había tenido para huir de aquella inesperada tormenta cósmica.

Observó el fenómeno con detención y tomó numerosos metros de película, tal como era su obligación. Luego emitió su informe y, finalmente, acabó por despreocuparse del asunto. Estaba a punto de iniciar su período de descanso de seis meses, tras doce de actividad, y quería disfrutar de aquel medio año de holganza absoluta. Realmente, el servicio en el espacio era muy duro.

* * *

Ocho meses más tarde, Philo Ganz se encontró con una avería totalmente inesperada. Además de astrónomo, físico, geólogo, astronauta y unas cuantas cosas más, era también hombre capaz de desenvolverse en las más adversas condiciones, lo mismo en atmósferas de metano que en el vacío, bajo cientos de grados bajo cero o con temperaturas abrasadoras Pero lo que no podía hacer él, como ninguno que se hubiera encontrado en las mismas condiciones, era sobrevivir sin agua.

Aquella mañana, cuando se fue a duchar — la nave estaba provista de gravedad artificial—, dio al grifo, pero no salió una sola gota de agua. Extrañado, abrió más la llave e incluso buscó la de paso general, pero los grifos del baño persistieron en su negativa a enviar una sola gota del líquido elemento.

Desnudo como estaba, Ganz fue a la minúscula cocinilla de la nave y probó con el grifo del fregadero. Tampoco caía agua.

Lo primero que pensó fue en un bloqueo de la cañería. Luego, cuando examinó el tanque, capaz para doce metros cúbicos, lo encontró completamente vacío, tan seco como el suelo que pisaba a diario.

No tardó en encontrar las causas de la ausencia total de agua. Se había producido una diminuta grieta, por la cual se había escapado el líquido a una de las cañerías que conducían a los sumideros de la nave. Estos se vaciaban automáticamente cada vez que recibían un peso determinado de desperdicios de toda clase. Así, pues, en varias etapas, el depósito se había vaciado y ahora se encontraba en una situación poco agradable.

En el frigorífico de la nave le quedaban un par de botellas, que tenía permanentemente llenas. Podía contar, si era preciso con las

bandejas que fabricaban hielo, pero, a lo sumo, sólo reuniría tres o cuatro litros de agua. Racionando sus existencias, podía durar un par de semanas, a un vasito diario.

Reparó la avería. Luego examinó la carta estelar. Entonces, con gran contento, encontró un planeta situado a cuatro días de distancia, a una velocidad de nueve décimas de la de la luz, esto es, unos doscientos setenta mil kilómetros por segundo.

Inmediatamente, arrumbó hacia aquel planeta, cuyo nombre, según la carta, era Taghat Los informes que daba el Manual decían que Taghat tenía atmósfera respirable, con agua abundante, pero que estaba deshabitado.

Cuatro días más tarde, se adentró en la atmósfera de Taghat. Dadas las circunstancias, mandó al diablo el reglamento y, en lugar de orbitar en espiral para aterrizar, perdiendo altura a cada vuelta, lo hizo directamente, aunque con un ángulo muy oblicuo respecto a la horizontal del terreno elegido para posarse.

Los últimos veinte mil kilómetros fueron cubiertos casi paralelamente al suelo. Al fin, divisó un bosque muy extenso, surcado por un par de ríos, y perdió altura. Sacó el tren de aterrizaje y se posó a escasos metros de uno de los ríos, en un lugar muy agradable.

Durante el viaje de aproximación, había reparado la avería. La nave de un Explorador-Detector estaba provista de todo lo necesario para una larga permanencia en el espacio. Por tanto, Ganz buscó la manguera, metió uno de los extremos en el río, el otro fue al tanque de líquido potable, conectó la bomba y, mientras, se dispuso a darse un buen baño. Después de cuatro días de agua racionada, se sentía pringoso y maloliente. Por el tanque de agua no se preocupó; la bomba se detendría automáticamente cuando el líquido hubiera alcanzado el nivel deseado.

Media hora más tarde, salió del río y se secó al sol. Cuando se disponía a vestirse, lleno ya el tanque de agua, oyó un lejano sonido metálico.

Era un sonido inconfundible; el de un martillo golpeando contra una superficie de metal. Ganz se quedó perplejo. O los informes del Manual mentían y Taghat no estaba deshabitado o él oía cosas que no existían sino en su imaginación.

Pero el golpe se repitió no una vez, sino varias, y entonces ya no tuvo la menor duda acerca de la presencia de seres inteligentes en el

planeta. Así pues, el capitán Philo Ganz, cumpliendo su deber, se dispuso a investigar no sólo la procedencia, sino los motivos de aquellos martillazos.

Lo primero que hizo fue equiparse con su fusil paralizante. Un Explorador-Detector jamás usaba armas mortíferas, ni siquiera para defenderse de bestias dañinas. Los fusiles paralizantes inmovilizaban al atacante durante un período de tiempo más que suficiente para ponerse a salvo o para apresar al sujeto hostil, hombre o bestia. Cogió también un par de prismáticos manuales y, por si la cosa duraba mucho una bolsa con una ración de emergencia y una cantimplora con agua.

Los sonidos procedían de una cadena de colinas situada a unos trescientos metros de distancia, al otro lado del bosque. Ganz echó a andar sin la menor vacilación.

* * *

Llegó a la cresta de una de las colinas. Entonces, vio algo que le dejó pasmado de asombro.

Al otro lado, el terreno estaba situado a un nivel algo inferior. En contraste con la zona que acababa de abandonar, la que tenía ante sus ojos era terriblemente árida, de tipo claramente desértico, sin una sola mata de hierba en cuanto alcanzaba su vista. Ganz se dijo que no había advertido aquel desierto, por llegar volando a ras del suelo pero desde la dirección opuesta, rectamente hacia el río.

En la base de las colinas, a unos quinientos metros, se veía una serie de construcciones, algunas de ellas de trazado fantástico. Ganz divisó también una colosal excavación en forma de cráter, que no medía menos de un kilómetro de diámetro, por cuatrocientos metros de profundidad, un perfecto cono invertido, con terrazas escalonadas, en las que trabajaban centenares de personas de ambos sexos.

Había también otros muchos seres humanos trabajando en la superficie. Ganz divisó una enorme cinta transportadora de material, que iba a parar a un gigantesco lavadero, alimentado por una tubería de agua que, sin duda, se alimentaba del río. Más centenares de personas se encontraban a ambos lados de unas gigantescas bateas de lavado, donde la tierra era separada del mineral que, sin duda, se

extraía del cráter.

De pronto, Ganz divisó un camión todo terreno que se alejaba de la mina. Siguió su marcha con los prismáticos y pudo ver que se dirigía a un punto situado a unos mil metros del cráter. Había allí lo que parecía una torre de ascensor de mina, en una de cuyas plataformas depositó su carga, un simple cesto, del que no se podía ver su contenido, ya que estaba cubierto con un trozo de lona.

Ganz siguió observando con los prismáticos. De pronto, divisó algo que le dejó sin aliento.

— Es increíble... Tan bien hecho... Un enmascaramiento perfecto... — dijo maquinalmente.

Apretó los labios. Tenía que ver Io que había debajo. Debería dar un largo rodeo, pero no le importó. Formaba parte de su trabajo.

Una hora más tarde, a tres kilómetros de la mina, alcanzó la entrada de un colosal desfiladero, de unos trescientos metros de profundidad por otro tanto de ancho. La mayor parte del desfiladero estaba cubierto por una tupida red que simulaba hábilmente la continuación del terreno llano de la superficie. Avanzó mil metros y se apostó tras un saliente rocoso, para observar sin que se advirtiera su presencia.

Al pie del ascensor había una astronave, de tipo un tanto anticuado en forma de cohete, de más de doscientos metros de largo, por treinta de diámetro. Numerosas personas se afanaban en tomo a la base de la nave. Un grupo de técnicos examinaban en aquellos momentos el contenido de una de las cestas del mineral que un camión acababa de traer desde la mina.

De pronto, uno de los técnicos sacó algo de la cesta y lo enseñó en alto a sus compañeros, muy ufano. Ganz volvió a perder la respiración. Con los prismáticos podía ver aquel mineral casi tan bien como si lo tuviera al alcance de su mano.

Era un diamante colosal, del tamaño de un puño. El valor de la piedra era incalculable, pero ¿qué pretendían los dueños de la mina? ¿Hundir el mercado diamantífero?

Un poco más cerca, entre él y la nave, divisó un barracón de grandes dimensiones. La cesta fue transportada al barracón, custodiado por varios hombres armados. Ganz frunció el ceño; las armas de aquellos sujetos eran claramente ofensivas. Se trataba de

fusiles neurónicos, capaces de destrozar el sistema nervioso de un hombre en menos de cinco segundos.

El barracón, supuso, se destinaba a los tallistas de las piedras. Ganz ya no quiso seguir viendo más. Emitiría su informe y alguien se ocuparía de averiguar lo que realmente sucedía en Taghat. Los dueños de las minas tendrían problemas, por la cuestión de los fusiles neurónicos. Pero era muy posible que, en lo restante, contasen con todas las bendiciones legales necesarias.

Discretamente, como había llegado, emprendió el regreso. Para no ser visto, despegó del planeta siguiendo una trayectoria exactamente opuesta a la de su llegada. Lo que' había que hacer en Taghat ya no era cuenta suya; su labor no era estrictamente policial. Pero lo había visto y su deber era informar.

En pocos minutos alcanzó el espacio exterior. Entonces, centelleó una lámpara del cuadro de mandos.

Ganz hizo funcionar su radio y dio su nombre y número de identificación. Alguien le dio una orden:

- Diríjase al cuadrante R-9 sin pérdida de tiempo. Allí le aguarda su relevo, capitán.
- ¿Mi relevo? Apenas llevo dos meses...
- No discuta y cumpla la orden. Una vez relevado en la forma reglamentaria, deberá dirigirse a Stennix...
- ¡Stennix! ¿He oído bien?
  Ha oído perfectamente, capitán. Se le ordena dirigirse a Stennix, para entrevistarse con el embajador de la Tierra, quien le dará nuevas instrucciones. ¡Ah, capitán Ganz!

- ¿Sí?

- Lo que acaba de escuchar es una orden que no puede incumplir. Su deber es obedecerla sin más preguntas. Repito: obedecer sin más preguntas. Fin del mensaje.

La radio quedó silenciosa. Ganz permaneció como atontado todavía casi un minuto. De todas las órdenes que hubiera soñado en recibir, la última en que habría pensado era en viajar a Stennix.

Voluntariamente, no habría vuelto a aquel planeta en los días de su vida. Ahora tenía que regresar, después de casi seis años de ausencia. Y la perspectiva no le gustaba en absoluto. Aparte de otros motivos personales, había en Stennix una persona que había jurado cortarle el

cuello apenas le echase la vista encima.

CAPITULO II

- Conozco, aunque muy superficialmente, el problema que aqueja al gobierno de Stennix — dijo Fradd Uhlin, embajador de la Tierra—. Sin embargo, no estoy autorizado a revelarle los motivos de su viaje.
- Entonces, ¿quién me lo va a decir?
- Zeryna en persona, capitán.

Ganz sonrió amargamente.

- Me lo olía — dijo —. Necesita a alguien que le haga un trabajito especial y ha ido a elegirme a mí precisamente.

Uhlin se encogió de hombros.

- No hemos podido negarnos a sus deseos — respondió.
- Sí, ya sé. El gobierno de la Tierra baila de coronilla ante el menor antojo de su Alteza Galáctica, la Princesa Zeryna D'Hirr. ¿Por qué será que las personas que más blasonan de independientes son las que se muestran más serviles con otras que no están ni siquiera en posición más elevada que la de ellas?
- Capitán, será mejor que se abstenga de hacer críticas a las decisiones del gobierno — dijo Uhlin secamente.
- Lo siento, señor — se disculpó Ganz.
- La entrevista está fijada para mañana a las diez. Irá a palacio y accederá por la puerta de servicio, a fin de evitar publicidad.
- Tengo la impresión de que se trata de una misión secreta, ¿no es así?
- No puedo hablar más, capitán, salvo para indicarle que no debe usar su uniforme.

Ganz bajó la vista y contempló sus ropas de color marrón oscuro, adornadas en las hombreras con las insignias doradas de su cuerpo y de su grado. Luego volvió a mirar al embajador.

- ¿Qué tiene de malo este uniforme? No me avergüenzo de mi oficio...
- En mis habitaciones privadas tiene ropas corrientes. Yo mismo le acompañaré a que se cambie. Eso es todo, capitán.

Media hora más tarde, Ganz salía de la embajada convertido en un paisano. Ahora vestía una blusa holgada, de manga corta, con un cordón en torno a la cintura, y pantalones ajustados. El calzado consistía en unas botas blandas, de medio tacón, indumentaria muy común entre los varones de Stennix. La blusa ocultaba en buena parte la anchura de sus hombros y la reciedumbre de los músculos de su espalda. Podía pasar por un nativo sin demasiada dificultad. Su pelo oscuro y los ojos marrones no le hacían destacar especialmente entre los transeúntes que casi atestaban las calles de la capital del planeta.

Anochecía ya y tenía todavía más de doce horas antes de la entrevista. Después de algunas vacilaciones, encaminó sus pasos a un lugar harto conocido seis años antes. Se preguntó si la hermosa Dralde Zvott estaría aún al frente del negocio. Por probar, nada se perdía.

La liberalidad era norma imperante en Stennix. Prácticamente, no había límites para nada. Por supuesto, el robo estaba proscrito y severamente castigado, aunque más de uno arriesgaba las graves penas que podía sufrir si le declaraban culpable aunque no fuese más que de haberse llevado un par de áureos, la moneda tipo del planeta. En cuanto a los daños físicos, las penas podían ser aún más severas, pero si el que hería o mataba a otra persona demostraba haber sido atacado previamente, quedaba en libertad sin más. En Stennix se vendía y se compraba de todo. Hasta esclavos, si se disponía de la suma suficiente y la operación se realizaba bajo el delicado eufemismo de «contratación de un sirviente personal».

Lo que sí era durísimamente perseguido eran todas las armas que no fuese cuchillos, navajas o espadas. Las patrullas de vigilancia estaban autorizadas para dar muerte sobre el terreno a todo el que quebrantase la ley en este sentido. Y tanto los nativos como los forasteros, conocían los peligros de quebrantar dicha ley, por lo que así resultaban tan abundantes los puñales y las espadas de todos tipos y formas. Un curioso mundo, en el que, paradójicamente, la tranquilidad era mucho mayor que otros con leyes infinitamente más restrictivas.

Para no llamar la atención, Ganz había colgado de su cinturón interior, el que llevaba bajo la blusa, un recio machete de treinta y cinco centímetros de hoja, ésta ancha de nueve centímetros y con el filo de una navaja de afeitar. El extremo de la vaina asomaba bajo el borde de la blusa, lo cual era suficiente para advertir a posibles atacantes de que no encontrarían a un hombre inerme.

La fachada de la «Posada de los Cien Soles» estaba brillantemente iluminada por cientos de lámparas multicolores. Debajo del título del local, aparecía el nombre de la propietaria. Ganz se tranquilizó al saber que Dralde continuaba en el negocio.

A ambos lados de la entrada principal había grandes cartelones con los anuncios de las principales atracciones. Ganz pudo ver anunciada la pelea de un arturiano con un pulpo terrestre. Lo tendría amaestrado, pensó divertidamente. También había otras atracciones, en las que intervenían hermosas mujeres. Lo de siempre, suspiró; siempre lo mismo, en toda época y en todo lugar, aun a doscientos treinta años luz de la Tierra.

La animación no era todavía excesiva. La «Posada» empezaba a tener ambiente hacia las diez de la noche y ya no cesaba hasta la llegada del nuevo día. Ganz no quiso entrar por la puerta principal y buscó la que conducía a los aposentos privados de la dueña.

* * *

Salió de la ducha, se secó en los chorros de aire caliente y pasó al amplio dormitorio, completamente vestida. Orgullosa de su figura, Dralde se contempló al espejo de cuerpo entero durante unos instantes. El pecho continuaba siendo firme y erguido, lo mismo que la cintura delgada y las caderas de ánfora, en donde se iniciaban unas piernas largas y exquisitamente torneadas. Dralde hizo una profunda inspiración y los senos se destacaron rotundamente. Entonces fue cuando vio surgir detrás de ella la figura de un intruso.

Su primera intención fue pegar un grito. Luego reconoció al hombre y giró velozmente.

- Por los diez mil diablos de Kratan — exclamó—. ¿De dónde sales, capitán Ganz, hijo de un pulpo terrestre y una salamandra putrefacta?

Ganz se echó a reír, a la vez que ponía las manos en los hombros de la mujer.

- Estoy de vacaciones — mintió.
- ¿Vacaciones, tú, y en Stennix? ¿Quién podría creer una insensatez semejante?

—No la creas, nadie te lo manda. Oye, Dralde... El otro día estuve con un amigo y me dio una receta de cocina algo fenomenal.

- ¿De veras? — Dralde era una furibunda de la buena mesa, lo que le permitía gustar los mejores platos, sin temor alguno a alterar su maravillosa figura—. ¿Cómo es? Dímelo, pronto.
- Verás... Se toma una mujer joven, hermosa, como tú, más o menos; se lava bien, se la perfuma adecuadamente, se la lleva luego a la cama... ¡y entonces, a comérsela!

Dralde soltó un bufido.

- No digas tonterías; yo no soy plato para un banquete. ..
- Un banquete de un solo comensal.
- Tú.
- Si me lo permites...

Ella hizo una mueca y buscó una bata.

- Seis años sin verte y sin recibir siquiera una postal televisada tuya. ¿Acaso crees que me voy a echar en la cama, sólo porque tengas ganas de refocilarte? Baja al local; tienes chicas de sobras para elegir. Y, si quieres, yo te pagaré el gasto.
- Está bien, está bien, no te pongas así. Sólo estaba bromeando...
- Además, tuviste que marcharte por el lío que se organizó cuando te encontraron en la cama con otra fulana.
- Bueno, la verdad es que ella era la única que estaba en la cama.
- Sí, tú ya habías acabado y te estabas vistiendo — dijo Dralde cáusticamente—. Corrías tanto, que el polvo que levantabas con los pies impidió la visión a tus enemigos.
- Algo hay de eso, aunque no todo lo que has dicho es cierto. Dralde, siento haberte molestado. Ya te veré otro día...
- Espera, hombre, no te marches — le interrumpió ella—. ¿Quieres una copa de vino?
- ¡De mil amores!—aceptó Ganz instantáneamente.
- Pero no pienses que vas a conseguir más, Philo.
- ¿Hay algún otro hombre en tu vida?

Dralde se encogió de hombros.

- Dejemos esto, Philo. Vayamos al grano... esto es, a los motivos de su presencia en Stennix.
- Ah, ya te lo he dicho. Vacaciones...

- A otro perro con ese hueso. —Dralde le entregó una copa llena—. Eres oficial Explorador-Detector. Hace casi un año, todo un sistema solar se convirtió en pavesas. Y no fue una catástrofe natural.

Ganz entornó los ojos.

- ¿Qué sabes tú de eso? — preguntó.
- Se oyen cosas... Rumores, fábulas... Se dice, incluso, que la explosión de la estrella de Orrel-3 fue provocada.
- ¡Diablos! Yo estaba allí y pude salvarme por los pelos.
- Entonces, tuviste que observar el fenómeno a la perfección.
- Sí, aunque no advertí nada que hiciera suponer se tratase de una acción ajena a las fuerzas naturales.
- Pues eso es lo que se comenta por aquí, aunque en voz baja y siempre mirando a ver si no hay cerca algún soplón de Tsigor. Sabes quién es Tsigor, ¿no?

Ganz asintió.

- Su Magnificencia el Primer Ministro de Stennix — contestó.
- Philo, yo no sé si estás aquí en misión secreta o no; no me interesa. Pero te advierto de antemano que tengas cuidado. Las cosas empeoran en Stennix día a día. El guante de Tsigor es del más exquisito terciopelo, pero enfunda una mano de acero. Diviértete y no hagas preguntas indiscretas; así conservarás la cabeza sobre los hombros.
- ¿Tal mal está la cosa? — se asombró Ganz.
- Alguna vez un tipo ha venido a hablarme mal de Tsigor. Lo he echado a puntapiés de mi local. Para mí, Tsigor es el mejor Primer Ministro que ha habido jamás en Stennix. ¿Entiendes?
- Se te comprende perfectamente, hermosa. Lo tendré en cuenta.

Dralde tomó un sorbo de su copa.

- De todos modos, si insistes en husmear, pregúntale al profesor D'Kir. Es, era, mejor dicho, astrónomo real, pero ha sido retirado con todos los honores, casa y sirvientes pagados por el Estado. Aún es joven, no tenía por qué ser enviado a su casa tan pronto. Su prestigio es muy grande; tal vez por eso todavía está vivo.
- Gracias, guapa.
- Y otra cosa — siguió la mujer, tras una corta pausa—. Ten mucho cuidado con el capitán Teko Elwos. Es la mano derecha

del Primer ministro y te cortaría el cuello con tanta indiferencia como si se tratase de una mata de cizaña.

- Entiendo y gracias. De modo que Orrel-3...
- Ya he hablado bastante. Ahora ¿quieres irte? Es hora de que baje a atender a mis clientes, Philo.

Ganz apuró la copa y la dejó sobre una mesa.

- Quizá vuelva otro rato, cuando crea que te encuentras de mejor humor — dijo.
- Con respecto a ti, es difícil tener buen humor. ¡Vete! —le despidió ella ásperamente.

Ganz hizo un gesto con la mano. Luego se encaminó hacia el cuarto de baño.

- ¿Eh, adonde vas? — exclamó Dralde, intrigada.
- Saldré por la ventana; no tengo ganas de encontrarme con algún esbirro de Elwos.
- Apaga la luz.
- Descuida.

Ganz entró en el baño, cerró la puerta y apagó la luz. Luego, muy lentamente, se acercó a la ventana y la abrió con gran sigilo.

El suelo estaba a seis metros. Descolgándose, sus pies quedarían a menos de cuatro. Pero abajo, contra lo que había esperado, había un hombre.

Era evidente que a Tsigor no se le escapaba el menor movimiento de los forasteros que llegaban a la capital. Tsigor era lo suficientemente listo para saber que había llegado un capitán de las patrullas de Exploración-Detección. Puesto que el sistema a que pertenecía Stennix estaba absolutamente estable, la presencia de Ganz en la ciudad obedecía a otros motivos.

Tsigor no se preocuparía en preguntarle por qué estaba en Stennix. Simplemente, le quitaría de en medio, lo que resultaría una dura advertencia para otros agentes.

Pero si no quería extraños en Stennix, ¿por qué?

¿Era cierto que la explosión de la estrella de Orrel-3 había sido provocada?

Volvió a mirar hacia abajo. El hombre continuaba inmóvil en el

mismo sitio, aguardando pacientemente.

Cerró de nuevo, corrió la cortina y encendió la luz. De pronto, sonrió. Había sobre un estante un precioso jarrón de adorno, una obra maestra de la artesanía stennixiana. Para conferirle más peso, lo llenó de agua.

Dralde pondría el grito en el cielo cuando se enterase de la falta del jarrón. Ya le compraría otro, se dijo, mientras, una vez más y con la luz apagada, abría la ventana.

El jarrón cayó a plomo sobre la cabeza del sujeto, rompiéndose con sordo estallido, debido al agua que contenía. El espía cayó, fulminado.

Ganz no perdió tiempo en descolgarse hacia abajo. De todos modos, había hecho algo de ruido.

Corrió hacia la esquina. Un hombre apareció casi en el acto Ganz lo agarró por el brazo izquierdo y lo hizo girar con los pies casi separados del suelo, lanzándolo con indescriptible violencia contra la pared. La cara del sujeto era, naturalmente, mucho menos dura que el muro de piedra.

CAPITULO III

La mujer dormía apaciblemente, con un brazo fuera de las sábanas. En silencio, Ganz admiró la pureza de líneas del rostro de Zeryna D'Hirr, Princesa de Stennix. Los cabellos, negros como ala de cuervo, parecían un enorme abanico, extendidos sobre la almohada.

De pronto, Zeryna pareció presentir que no estaba sola en el dormitorio. Abrió los ojos y, un segundo después, se sentaba en la cama de golpe.

- Tú — dijo.

Ganz hizo una versallesca reverencia.

- El mismo, Alteza — contestó.
- Te había citado para mañana, en audiencia privada, a las diez — exclamó ella, irritada.
- Claro. También podrías haberlo anunciado por televisión. O repartiendo prospectos por la calle. A lo mejor, Tsigor no se

habría enterado.

- No seas mordaz, Philo. Hay normas que no se pueden ignorar...
- Cuando la propia vida está en juego, yo me río de las normas. Por supuesto, no esperes que venga mañana a las diez. Lo que debías decirme entonces, dilo ahora. Luego veré si acepto.
- Mi residencia está muy bien vigilada...

Ganz rió sarcásticamente.

- Están buscándome por todas partes, menos por tu palacio — contestó —. Ya he tenido que deshacerme de dos esbirros de Tsigor, ¿sabes?

Zeryna abandonó la cama y se puso una bata.

- No esperé nunca tener que volver a verte — dijo.
- ¿Fue mía la culpa?
- Será mejor que no hablemos de este asunto...
- ¿O la culpa fue de ciertas absurdas leyes que rigen en Stennix?
- ¿Las hice yo?
- No, pero tienes poder para proponer su derogación. Y si no lo consigues, también puedes hacer otra cosa. O podías haber hecho.
- ¿Qué, Philo?
- Dimitir.

Zeryna le miró fijamente.

- Tú bromeas — dijo.

Ganz se encogió de hombros.

- Estamos donde estábamos hace seis años — manifestó —. Y como no vamos a entendernos respecto a este problema, hablemos del otro. Ya sé que me has llamado a disgusto, pero no por eso voy a dejar de ayudarte. ¿De qué se trata?
- De Albryn-4. Mi primer ministro abriga propósitos expansionistas. Sueña con ser primer ministro de Stennix y Albryn-4, todo a un tiempo.
- ¡Caramba, es uno de los sistemas más ricos de este sector galáctico! —se asombró Ganz.
- Precisamente, por eso mismo, Tsigor pretende que Albryn-4 firme un tratado que, en realidad, es un contrato de

«servidumbre personal», la frase con la que aquí se define a la esclavitud.

- En resumen, pretende conquistar a Albryn-4.
- Exactamente.
- En tal caso, tú podrías denominarte reina o tal vez emperatriz... En lugar de gobernar un solo planeta, pasarías a reinar sobre un vasto sistema planetario...
- Y luego vendrían las represalias del Consejo Superior Galáctico sobre Stennix y nos enfrentaríamos a un bloqueo absoluto, cuando no a una guerra de exterminio. Stennix es pequeño, pero próspero, y yo no tengo ambiciones personales. Por eso no quiero que se firme el tratado.
- Stennix es pequeño, en efecto, pero se convertiría en la capital del nuevo sistema.
- Según Tsigor, esto se convertiría en un emporio de riqueza... En realidad, lo que él ambiciona es más poder del que tiene ya.
- Sí, porque dinero, teniendo de todo... — dijo Ganz con sorna —. Pero las represalias, en efecto, serían durísimas. Ahora bien, siendo Albryn-4 más poderoso que Stennix, si consigue que firmen el tratado, será porque les obligue con algún procedimiento que ellos no pueden eludir. ¿Me equivoco?
- Si no firman, Tsigor reducirá el sistema a cenizas.
- ¿Con una flota de naves portadoras de bombas solares?
- Oh, no; la flota sería detectada y destruida. Simplemente, incendiaría el sol de Albryn-4. Ya lo consiguió en Orrel-3.

* * *

Ganz divisó una mesa con algunas botellas y se sirvió una copa de vino. Durante unos segundos, volvió a revivir en su mente las imágenes de la estrella que había explotado con violencia cósmica, convirtiendo en cenizas los planetas que orbitaban a su alrededor.

De pronto, se volvió hacia la joven.

- ¿Es posible hacer una cosa así? — preguntó.
- Indudablemente. Orrel-3 era una estrella de absoluta estabilidad. No tenía por qué haberse convertido en una «nova». Lo que ignoro es el procedimiento empleado por Tsigor para conseguirlo.
- Es decir, la novación de Orrel-3 fue una especie de demostración práctica de que estaba en condiciones de cumplir sus amenazas.

- Exactamente.
- Y por tanto, lo saben en Albryn-4.
- Es de suponer.
- ¿Sabe Tsigor que te opones a sus proyectos?
- Sí, pero todo cuanto le he dicho, ha resultado inútil. Es el Primer Ministro; no puedo oponerme legalmente a sus acciones de gobierno.
- Puedes destituirlo.
- ¿Con qué motivo? — Zeryna sonrió tristemente—. Es muy astuto; no ha dado motivos para que proponga su destitución a la Asamblea General del planeta. Y, por otra parte, no cuento con pruebas suficientes de lo que te he dicho. Lo sé... pero ni una princesa de Stennix puede denunciar algo sin pruebas convincentes.

Ganz asintió.

- Tendré que encontrar esas pruebas, en efecto — dijo.
- Te ayudaré en lo que pueda...
- No. Me has llamado en secreto, pero no ha sido tan bien guardado, que no lo sepa Tsigor.

Ella avanzó un paso.

- Philo, yo quiero que mi gente viva en paz, que no tenga conflictos con otros planetas... Si consigues evitar los desatinados propósitos de Tsigor, podrás pedirme lo que quieras.

Ganz sonrió, mientras la miraba fijamente.

- Una vez tuve que escapar de tu dormitorio...
- Las apariencias engañaron a todos.
- Sí, pero si no nos hubieran sorprendido... En fin, más vale no hablar de cosas pasadas. Si consigo triunfar, te pediré algo... y no permitiré que rehúses.
- ¿Qué es, Philo?

Hubo un instante de silencio. Ganz contempló la hermosa mujer que tenía ante sí. Era toda una belleza, incomparablemente superior a Dralde. Zeryna se dio cuenta de la observación de que era objeto y enrojeció.

- Me estás mirando como si fuese una de las mujeres que se exhiben en los mercados de «sirvientes personales»— dijo, picada.

- Ojalá estuvieses en uno de esos mercados. Te podría comprar.
- No tienes dinero suficiente — contestó ella, despectiva.
- Robaría un Banco — exclamó Ganz desenvueltamente—. Está bien, queda cancelada la audiencia. Apaga la luz, ¿quieres?
- Espera un momento. ¿No necesitas nada de mí? Dinero, nombres de algunas personas absolutamente fieles...
- No, gracias; ya tengo de todo lo que preciso.

El dormitorio daba a una gran terraza, con balaustrada de piedra. Ganz llegó a la terraza, se puso a caballo sobre la balaustrada y miró hacia la estancia ya sumida en las tinieblas. Luego buscó la fuerte rama de la enredadera que había utilizado antes para llegar hasta arriba, y emprendió el descenso.

Apenas había tocado el suelo con los pies, sintió delante de su garganta el contacto de una cosa metálica, afilada como una guadaña.

— Quieto o te descabezo antes de que puedas mover una sola pestaña — dijo el hombre que tenía a sus espaldas.

* * *

La hoja que se apoyaba en la nuez de su garganta era curva, como la de una guadaña, aunque de tamaño más reducido y curva más cerrada. Era, también, más ancha que una hoz corriente y se unía a un mango de madera, recio, fuerte, y con los relieves precisos para que las manos pudieran empuñarlo sin temor a resbalones inoportunos.

Era una más de las infinitas armas blancas que se utilizaban en Stennix. Bastaría que el hombre que la empuñaba diese un seco tirón hacia atrás, para que su cabeza saltara por los aires.

— Está bien, no me moveré — contestó, absolutamente rígido.

El hombre tanteó con la mano izquierda, para quitarle el puñal. Entonces, la presión de la hoja disminuyó ligeramente en el cuello de Ganz. Este decidió aprovechar la ocasión y se tiró violentamente hacia atrás.

Hubo una explosiva imprecación de furia. Ganz chocó contra el

sujeto e, inmediatamente, se tiró a un lado, a la vez que se agachaba. La hoz giró centelleante en el aire, buscando su garganta.

Ganz sintió que la hoja rozaba sus cabellos. Agachado como estaba, giró un poco, alzó los brazos y se apoderó del mango. Dio un fortísimo tirón y el arma pasó a sus manos. Antes de que el sujeto pudiera recobrarse, le golpeó en plena boca con el cabo del mango.

Se oyó un atroz gruñido. El hombre se tambaleó. Ganz podría haberle degollado sin dificultad, pero no quería matar. Con el mango del arma, golpeó rudamente la frente del sujeto. Esta vez consiguió sus propósitos y el hombre se derrumbó sin sentido.

Ganz se inclinó sobre él. No era un miembro de las patrullas de vigilancia, únicos autorizados a usar pistolas neurónicas. Se trataba de uno de los soldados de la guardia de palacio. Los guardias eran gente corriente, que no estaban al tanto de las intrigas del Primer Ministro. Lo mejor era dejarle en paz.

Bastantes problemas tendría luego con el oficial de la guardia, cuando contase lo ocurrido, se dijo, mientras se lanzaba en busca de las sombras protectoras. Mientras corría en busca de un alojamiento, maldijo al que había tenido la idea de confiarle aquella misión.

— Voy a dejarme el pellejo — rezongó.

Lo cual, a los treinta y cuatro años, no le hacía maldita la gracia.

* * *

Había tomado habitación en un hotel discreto, pero que no carecía de lujos. Después de aquella noche un tanto agitada, consiguió dormirse. Aún estaba en el mejor de los sueños, cuando sintió que le tocaban en el hombro.

Abrió los ojos. Delante de él, había un hombre alto, delgado, de nariz aquilina, vestido con un uniforme azul fuerte, sobre cuyas hombreras se veían las insignias de capitán: tres puntos dorados, formando un triángulo, que encerraban una letra, la inicial de Zeryna, también en rojo.

- Hablo con el capitán Ganz, supongo — dijo el desconocido.

- Ese soy yo, amigo — respondió Ganz, a la vez que se sentaba en la cama—. ¿Quién es usted y por qué ha entrado en mi habitación sin permiso?
- Me llamo Elwos, capitán de las patrullas de vigilancia — se presentó el sujeto —. Usted tenía concertada hoy una audiencia con su Alteza.
- Vaya, está muy bien enterado de mis asuntos personales...
- Es una gravísima incorrección no acudir a una audiencia que ha sido concedida por Su Alteza —dijo Elwos fríamente—. Sígame, tiene que acompañarle.

Ganz dudó unos segundos. Luego apartó a un lado las ropas de cama.

- Antes tengo que vestirme...
- Por supuesto.

Ganz fue al baño. Su sorpresa fue enorme al ver a un guardia en aquel lugar.

- Capitán, ¿qué hace este hombre aquí? — gritó.
- Queremos que acuda a la entrevista con su Alteza, eso es todo — respondió Elwos sin inmutarse.
- Oiga, hay cosas que me gusta hacer sin testigos incómodos...
- Tendrá que resignarse, capitán.

Ganz apretó los labios. No, no le iban a llevar a presencia de Zeryna. Lo único que querían era sacarlo del hotel, para hacer desaparecer su cuerpo con la mayor discreción posible.

«Y así, un espía menos», pensó tétricamente, mientras se metía bajo el chorro de la ducha.

CAPITULO IV

Al salir de la ducha, Elwos, con la ayuda de un par de soldados, le sometió a un humillante registro personal.

- Protestaré ante su Alteza — dijo Ganz.
- Hágalo — contestó Elwos con su imperturbabilidad habitual —. Ella le rogará disculpas por esta molestia, pero usted debe comprender que es nuestra obligación evitar cualquier atentado. No queremos correr riesgos, simplemente.
- ¿Tampoco se me permite desayunar?

- Desayunará usted en compañía de su Alteza. Es una deferencia que concede a muy contadas personas, capitán.
- Antiguamente, la princesa circulaba por la calle, como una ciudadana más, sin necesidad de escolta.
- Los tiempos han cambiado, señor — dijo Elwos.

Ganz abrió las manos.

- Está bien — sonrió—. Vamos a desayunar con su Alteza.

Echó a andar. Elwos se emparejó con él. Los dos soldados seguían a continuación. Cuando llegaban a la puerta, Ganz se volvió bruscamente.

- Perdón — exclamó —, olvidaba mis cigarros y el encendedor.
- ¿Todavía sigue usted apegado a tan repugnante vicio? — preguntó Elwos con expresión de repugnancia.
- Pues... sí — contestó Ganz con la mejor de sus sonrisas—. De cuando en cuando, un cigarro conforta mucho el ánimo. Por favor, la cigarrera y el encendedor están en la mesilla de noche.

— Tráelos, tú — gruñó Elwos, dirigiéndose a uno de los soldados.

El hombre se separó del pequeño grupo. Casi en el mismo instante, Ganz abrió la puerta de golpe.

Elwos estaba a su lado y la puerta le alcanzó de lleno en la cara, haciéndole retroceder con violencia, perdido el equilibrio. El soldado que se hallaba inmediatamente detrás, se precipitó en su auxilio instintivamente. Su compañero, en el centro de la habitación, vaciló.

Antes de que ninguno de los tres hombres pudiera reaccionar, Ganz saltó a través del hueco. Ya tenía la llave en la mano y la empleó con prodigiosa rapidez, para cerrar la puerta. Las pistolas neurónicas eran completamente ineficaces contra el débil obstáculo de un par de centímetros de madera.

Riendo alegremente, hizo saltar la llave en la palma de la mano y se encaminó hacia la escalera. Su habitación estaba en el primer piso, de modo que alcanzó la recepción en contados segundos.

En aquel instante, un hombre se despegaba rápidamente del mostrador. Ganz alargó una pierna y el recepcionista cayó cuan largo era, estrellándose contra una mesita junto a la cual conversaban dos huéspedes animadamente.

Se oyeron un par de juramentos. Los coléricos huéspedes empezaron a apostrofar al aturdido recepcionista, el cual se levantó, jurando que no tenía la culpa y que alguien le había puesto la zancadilla. Uno de los huéspedes dijo que se quejaría al director del hotel, por permitir que los empleados se emborrachasen a las nueve y media de la mañana.

El recepcionista contestó que estaba perfectamente sereno y que, en todo caso, el borracho era el que le acusaba de algo que no había hecho. El cliente empezó a dudar de la integridad moral de la madre del recepcionista, quien contestó que si había habido alguna mujer que no supiera quién era el padre de sus hijos, era, precisamente, la madre de aquel cliente. Los golpes empezaron un par de segundos más tarde.

Mientras, Ganz, satisfecho porque había evitado el aviso telefónico de Elwos, salía a la calle. Parado frente al hotel, había un aeromóvil, apoyado en el cual se veía un hombre de uniforme.

- Oiga — dijo—, el capitán Elwos le llama. Suba inmediatamente a la habitación 11 A.

El hombre echó a correr sin pensárselo dos veces. Cuando ya iba a franquear la puerta del hotel, se percató de que algo no funcionaba correctamente y empezó a volverse.

Desde el puesto de conductor del aeromóvil, Ganz le hizo un gesto burlón, sacándole la lengua, a la vez que se colocaba el pulgar derecho sobre la punta de la nariz, dejando extendidos los restantes dedos de la misma mano. Para entonces, el vehículo ya se elevaba raudamente en el aire. Por otra parte, el conductor hubiera necesitado un arma mejor que la pistola neurónica para impedir la fuga del hombre que acababa de arrebatarle su aeromóvil.

Inmediatamente, Ganz orientó el aparato en dirección a los grandes bosques que había al nordeste de la capital. Stennix era un planeta relativamente poco habitado; su población se concentraba en una docena de grandes urbes, por lo que había enormes extensiones completamente deshabitadas. Pero, en realidad, no sentía verdaderos deseos de alejarse de la ciudad.

Apenas había recorrido un par de kilómetros, vio una lámpara roja que centelleaba en el cuadro de mandos. Movió una tecla y se oyó una voz por un altoparlante:

- Unidades aéreas Cinco y Nueve-Dos. Ha sido sustraído un

aparato de patrulla con insignias de capitán. Está tripulado por un individuo extremadamente peligroso. Su rumbo es Dos Nueve Uno. Repito: Dos Nueve Uno. Alcáncenlo y hagan uso de los cañones destructores. Repito también: cañones destructores. Comuniquen la recepción de esta orden. Comuniquen su cumplimiento.

Ganz sonrió. Elwos no había sido tardo en comunicar la alarma. Cuando estuvo seis años antes en Stennix, no existían unidades aéreas dotadas de cañones destructores. Tsigor debía de haber trabajado mucho para conseguir que la Asamblea le permitiese instalar armas a bordo de unas simples naves de vigilancia atmosférica. Habría empleado el soborno, el halago...

A los pocos minutos, empezó a captar señales en el radar. Perdió altura y zigzagueó, a la vez que disminuía la velocidad, como si tuviese dificultades para manejar el aparato. Ahora volaba por encima de un denso bosque, a ras de las copas de los árboles. La velocidad era ridículamente pequeña.

De repente, divisó una especie de claro. Había un ancho remanso, formado por la afluencia de las aguas de un pequeño arroyo que serpenteaba por el bosque. El tono de las aguas era relativamente oscuro, lo que le indicó cierta confortable profundidad.

Lanzó una mirada al radar. Las unidades aéreas perseguidoras estaban a unos cuatro kilómetros, pero su velocidad era enormemente superior. Ganz hizo descender su aparato casi verticalmente, reduciendo todavía más la velocidad de la marcha. Abrió la portezuela del aparato cuando estaba a cuatro o cinco metros del suelo. Ahora, los árboles interferían el radar de sus perseguidores.

Colocó los mandos en la posición adecuada, adelantó al máximo la palanca de aceleración y se lanzó fuera a través de la puerta abierta. El viento la cerró con seco golpe, mientras él descendía dando volteretas hacia el remanso. No tuvo tiempo de ver a su aeromóvil, que se alejaba a toda velocidad y en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados.

Los pilotos de las naves perseguidoras vieron surgir de nuevo al aeromóvil y aceleraron todavía más. A tres kilómetros, se situaron en posición de tiro. Entonces, lanzaron varias descargas seguidas.

Hubo un relámpago colosal, seguido de una atronadora detonación, y luego, los restos del aeromóvil, empezaron a caer

dispersos en una vasta extensión de terreno. El piloto de la unidad Nueve Uno se llevó el micrófono a los labios:

- Alcanzada nave señalada y destruida por nuestros disparos. Eso es todo.
- Regresen a su área de patrulla — ordenó la Central.
- Enterados.

Abajo, en el suelo, bajo la protección del frondoso ramaje de un árbol cuyo tronco no medía menos de dos metros de diámetro, Ganz sonreía satisfecho. Las naves de patrulla pasaron volando sobre él, a quinientos metros de altura. Con la mano, les hizo un gesto de despedida.

— *Ciao,* amigos.

Luego buscó un rincón soleado y se quitó las ropas para que se secasen. Consultó su reloj-calendario universal. Eran las diez y cuarto de la mañana. No había prisa en regresar a la capital.

Dos horas más tarde, se vistió y echó a andar. Un poco más adelante, encontró unas vides silvestres, de cuyas ramas pendían pesados racimos de uvas, ya maduras. Cogió un par de granos, los probó y encontró que estaban sabrosísimos. Entonces, arrancó uno de los mayores racimos y empezó a comer mientras caminaba.

* * *

Permaneció tres días en el bosque, a fin de evitar el riesgo de encontrarse con alguna posible patrulla terrestre. Estaba seguro de que Elwos había quedado convencido de su muerte, pero, aun así, convenía extremar las precauciones. El bosque estaba situado en una zona templada y las fieras eran muy escasas. El alimento sobraba; había abundancia de frutales silvestres. Era una dieta vegetariana que no le agradaba en absoluto, pero le permitía subsistir sin dificultades.

Al cuarto día, empezó a buscar la salida del bosque. Pasado el mediodía, divisó terreno abierto. A lo lejos, a unos tres kilómetros de distancia, se divisaba el conjunto de edificios de la ciudad.

Dralde le había indicado la dirección del astrónomo real, jubilado prematuramente. Grouff D'Kir vivía en una de las quintas que se

extendían innumerables en torno a la capital. Ahora, el salvajismo del bosque había sido sustituido por árboles bien cuidados y setos que enmarcaban las distintas propiedades. Procuró no ser visto y, un par de horas después, se encontraba llamando a la puerta de una residencia de agradable aspecto.

Una mujer de mediana edad abrió y le contempló con recelo.

- ¿Quién eres?
- Deseo hablar con el astrónomo D’Kir, señora. Dile que me envía Dralde Zvott.

La mujer dudó un instante. Luego volvió la cabeza.

- Grouff, ¿puedes venir un momento?

Un hombre se hizo visible a los pocos segundos. Aparentaba unos sesenta años y se mantenía en excelente forma física.

- Deseas verme — dijo.
- Dralde me informó que podía venir a visitarte, astrónomo D'Kir — contestó el terrestre—. Mi nombre es Philo Ganz.

La cara de D’Kir expresó un asombro infinito.

- Eso es imposible — exclamó—. Un tal Ganz robó hace cuatro días el aeromóvil del capitán Elwos. Fue perseguido por unas patrullas y muerto al no obedecer la orden de detenerse.

Ganz sonrió.

- Astrónomo, ¿has oído hablar alguna vez de los psicointerrogadores?
- Sí, yo mismo tengo uno... Pero creo que los van a prohibir...
- Claro, sólo los podrán usar Tsigor y sus amigos. ¿Quieres probar el tuyo conmigo?

D'Kir se echó a un lado.

- Dralde me habló de que eres un hombre con infinidad de recursos. Si eres ciertamente Ganz, no me cabe la menor duda de que supiste engañar muy bien a tus perseguidores. ¿Cómo lo hiciste?

Ganz explicó el truco empleado. Al terminar, D’Kir se echó a reír.

- Muy ingenioso — comentó—. A pesar de todo, si no te

importa, emplearé el psicointerrogador.

—Lo deseo, para que te convenzas de la sinceridad de mis palabras.

Fue una operación muy breve. Antes de dos minutos, el astrónomo sabía que su visitante había dicho la verdad. Era, auténticamente, Philo Ganz.

- Y bien, ¿qué es lo que buscas en mi casa?
- Dralde me dijo que eras el único que sostenía la teoría de una explosión provocada en el caso de Orrel-3.

D'Kir asintió con lentos movimientos de cabeza.

- Así es — confirmó —. Orrel-3 no se convirtió en una estrella «nova» por un fenómeno natural, sino que alguien lo provocó y, con ello, la destrucción de todo un sistema solar.

* * *

Ganz devoró la cena que le sirvió la esposa del astrónomo, con apetito que parecía insaciable. El terrestre conocía la excelente calidad del cordero stennixiano y despachó en pocos minutos una pierna entera, deliciosamente asada en su jugo. Al terminar, tomó una copa de buen vino rojo y miró satisfecho a sus anfitriones.

- Me siento como nuevo— dijo—. Me gustan los vegetales comestibles, por supuesto; pero cuatro días a base de uvas y manzanas silvestres resultaba ya un tanto excesivo.
- Esa dieta te habrá sentado bien —- sonrió D'Kir. De pronto, se puso serio—. Dime, ¿qué piensas hacer para evitar que Tsigor se salga con la suya?

Ganz apoyó los codos en la mesa.

- Tú me has explicado el procedimiento. En cierto modo, resulta sencillo, pero costoso.
- Sí, desde luego. Se necesitan grandes cantidades de carbono puro, ya te lo he dicho…
- ¡Carbono puro! — respingó Ganz.
- Probablemente, además, por radiaciones, le habrán conferido propiedades isotópicas, lo que aumenta su actividad. En realidad, bastaría con unas veinte toneladas para iniciar el

proceso de novación.

- ¿Tan poco?

D'Kir sonrió.

- El poro de una epidermis humana es infinitamente pequeño y, sin embargo, por ahí puede penetrar una infección mortal. Por ese orificio puede penetrar una bacteria que no tiene más de una miera de longitud. ¿Qué es una milésima de milímetro, comparada con la longitud de tu cuerpo, es decir, con tu altura? Pero si añadimos el volumen y, por tanto, la superficie corporal, la comparación queda todavía más adecuada.
- Sí, yo mido cerca del metro noventa, pongamos metro y ochenta y siete centímetros, lo cual representa un millón ochocientas setenta mil mieras.
- El peso de esa bacteria, comparado con el tuyo, es prácticamente incalculable. Pero puede matarte.
- Es cierto — convino Ganz preocupadamente —. Por tanto, veinte toneladas de carbono puro representan el papel de la bacteria en el cuerpo del sol que se pretende convertir en «nova».
- Justamente. Es de comprender también que la «infección» de esa estrella no se desarrolla en veinticuatro horas. Supongo que se necesitará un plazo que puede oscilar entre dos y cuatro meses. Pero una vez iniciado el proceso de novación, ya no hay poder humano capaz de detenerlo.
- La estrella aumentará millones de veces su potencia térmica y abrasará cuanto encuentre a su paso, en un radio de cientos de millones de kilómetros.
- Miles de millones — rectificó el astrónomo—. Pero, ¿dónde se encuentran veinte toneladas de carbono en estado de absoluta pureza?
- Grouff, la palabra diamante define vulgarmente al carbono puro, ¿no es así?
- Cierto.
- Entonces — sonrió Ganz—, yo sé dónde ha encontrado Tsigor un yacimiento inagotable de diamantes.

Consultó su reloj y se puso en pie.

- Tengo que marcharme — añadió.
- ¿Tan pronto? — se extrañó D'Kir.
- No puedo perder un segundo — respondió Ganz resueltamente.

CAPITULO V

Esta vez no había vigilantes en tomo al edificio. La hora, por otra parte, era muy avanzada. Ganz empleó el mismo procedimiento que en la ocasión anterior para llegar a las habitaciones privadas de Dralde. Cuando abrió lentamente la puerta del dormitorio, pudo percibir la sosegada respiración de la ocupante del lecho.

Cerró a sus espaldas y siseó suavemente. Casi en el acto, se encendió la luz y una hermosa joven se sentó de golpe en la cama.

- ¿Qué haces aquí? — exclamó.

La sorpresa de Ganz no era menor. Nunca había visto a aquella muchacha que tenía poco más de veinte años. Y no acababa de comprender por qué estaba en un lugar que no parecía pertenecerle.

- ¿Quién eres tú? — preguntó a su vez.
- Thevia, la hermana menor de Dralde.
- Yo busco a Dralde...
- Tendrás que llevarle flores al cementerio.

Ganz sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior.

- ¡Muerta!
- Sí. Oficialmente, fue asesinada por unos ladrones. Yo estoy segura de que fueron esbirros de Elwos.

Ganz se pasó una mano por la frente.

- No puedo creerlo...

Thevia saltó de la cama y se puso una bata.

- Deduzco que eras amigo suyo, pero todavía no me has dicho tu nombre — manifestó.
- Ganz, Philo Ganz — respondió él—. Tú eres hermana...
- Ocupé el puesto de Dralde cuando me enteré de su muerte. Pero creo que venderé el local. No sirvo para esta clase de negocios.

Ganz frunció el ceño. Podía tratarse de una trampa... una espía colocada por Tsigor en lugar de la auténtica dueña del local.

- Thevia, vas a permitirme que compruebe si me has dicho la

verdad — exclamó de repente.

Avanzó hacia ella y se quitó su reloj de pulsera, que colocó sobre la muñeca de la joven. Era un reloj de casi diez centímetros de diámetro y dos de grosor, con algunas teclas diminutas en el borde. Presionó una de ellas y Thevia lanzó un grito:

- Me has pinchado...
- No temas, ni siquiera tendrás que desinfectarte el pinchazo. Contéstame: ¿Eres de veras Thevia Zvott?
- Sí.
- ¿Hermana de Dralde?
- Sí.
- ¿Viste su cadáver?
- Sí. Fue... horrible... La decapitaron y en la funeraria le cosieron la cabeza al tronco nuevamente...
- Está bien, gracias.

Thevia respiraba afanosamente. Ganz volvió el reloj a su sitio.

- Lo siento, pero creo que debía hacerlo — añadió—. Necesitas una copa.
- Bueno — aceptó ella—. Oye, ¿qué clase de trasto es ese que me has puesto en la muñeca?
- Un psicointerrogador. Puede servir también como detector de mentiras. Si me hubieses mentido, la esfera se habría tornado roja en un par de segundos.
- También podría yo aplicarte a ti ese cacharro — dijo Thevia, a la vez que tomaba la copa que le ofrecía su visitante.
- ¿Quieres hacerlo?

Ella sacudió la cabeza.

- Oí hablar de ti en más de una ocasión a mi hermana. Te recordaba con gran frecuencia. He visto fotografías tuyas con ella...
- Gracias. Thevia, siento mucho lo que voy a decirte, pero Dralde murió por mi culpa. Ahora me iré; no quiero que sepan que he estado aquí... y Tsigor se invente otro par de «ladrones» para quitarte de en medio.
- ¡Pero te creen muerto! —exclamó la joven.
- A pesar de todo. Conviene estar prevenido. Adiós, Thevia; créeme que lo siento infinito...
- Aguarda un momento. Quien está contra Tsigor, está conmigo. Lo que hizo ese miserable es una canallada. Si fuese

otra clase de persona, no necesitaría conspirar por todas partes. Hace sólo tres o cuatro años, Stennix era un lugar donde se vivía maravillosamente. Ahora, está en camino de convertirse en un infierno. Yo no quiero que esto siga así.

Ganz sonrió.

- Eres una chica encantadora — dijo—. Bien, puesto que pareces querer ayudarme...
- Desde luego. Si se trata de vengar a mi hermana, haré todo lo que me indiques.
- Muy bien — contestó él—. No te voy a pedir que me ocultes aquí, porque resultaría demasiado peligroso. Pero sí me interesaría que hablases con Zeryna.
- ¿Con su Alteza? — se sorprendió Thevia.
- Sí. Escúchame, Zeryna concede audiencias a todo el que se lo pide, una vez por semana. Basta situarse en la fila de solicitantes... Tengo entendido que en los últimos tiempos el número de los que piden audiencia se ha restringido considerablemente. A Tsigor, por lo visto, no le gusta que la gente pueda hablar a solas con Zeryna.
- Es lógico — convino la joven—. ¿Y...?
- La próxima audiencia será pasado mañana. ¿Qué pretexto podríamos emplear para que fueses sin despertar sospechas?
- Pues... puedo ir a expresarle mi gratitud, por el mensaje de condolencia que me envió después de la muerte de mi hermana.

Ganz arqueó las cejas.

- No sabía que Zeryna y Dralde se conocieran — manifestó.

Thevia sonrió.

- Tuvieron la misma nodriza... aunque con una separación de seis años. Primero Io fue de mi hermana y luego de Zeryna — contestó—. Bien, ¿qué le digo?
- Sólo una cosa: «Philo está vivo. Dime el día y la hora en que le vas a recibir». Naturalmente, el encuentro se producirá por la noche.
- Entendido. Pero ¿dónde te esconderás mientras tanto?

Ganz sonrió sibilinamente.

- Volveré aquí, pasado mañana, a la misma hora — respondió.

* * *

Sentado ante el taburete de un bar, Ganz contempló las imágenes que se producían en la pantalla del televisor. El Primer Ministro, Tsigor Rhadd, discurseaba ante la Asamblea General, hablando continuamente de sus sentimientos pacifistas. Ganz sonreía al contemplar sus ademanes afectados, entre los que se incluía el volteo de la rica túnica escarlata y oro que formaba parte destacada de su atavío. Pero, de cuando en cuando, sin poder contenerse, apoyaba la mano izquierda en el puño de su espada, la que utilizaba en ocasiones solemnes, dada su calidad de comandante en jefe efectivo de las Fuerzas Armadas. Naturalmente, el auténtico comandante en jefe era Zeryna, pero su cargo era poco menos que decorativo.

Cuando terminó el discurso, la Asamblea aplaudió, atraque Ganz pudo observar que muchos de los asistentes lo hacían más por fórmula que por verdadera convicción. En realidad, y pese a su tono pretendidamente pacifista, se adivinaban unas pretensiones imperialistas, que no podían ser ignoradas por nadie que tuviese un mínimo de inteligencia.

— Si no le cortan el paso, ese hombre llevará a nuestro planeta a la catástrofe — dijo alguien cerca de Ganz.

El terrestre no quiso contestar. Seguro, se trataba de algún soplón de Tsigor. Debía de tener delatores por todas partes. Sólo de esta forma se podía mantener en el poder, por el miedo y el soborno.

A la madrugada, se encontraba de nuevo en el dormitorio de Thevia.

- Zeryna recibió tu mensaje — dijo la joven,
- Gracias.
- Mañana, después de medianoche.

Ganz sonrió.

- Algún día podré pagarte este inmenso favor—dijo.
- Si quieres pagármelo, haz que pueda ver la cabeza de Tsigor sobre una bandeja — contestó Thevia.
- Eso será más difícil de lo que piensas. ¿Me permites otra vez utilizar el psicointerrogador?

Thevia alargó el brazo izquierdo.

- No quiero que dudes de mí — contestó.

* * *

Como en la ocasión anterior, Ganz saltó por encima de la balaustrada, atravesó la terraza y penetró en el dormitorio. Zeryna yacía en la cama, sumida en un apacible sueño. Se acercó a ella y rozó uno de sus mórbidos brazos con las yemas de los dedos.

Zeryna abrió los ojos en el acto.

- Querido...

Alargó los brazos, lo cogió por el cuello y le hizo caer encima de la cama. Ganz, aunque sorprendido por la acogida, no pudo por menos de corresponder al voluptuoso beso de la joven.

- Estás vivo, vivo... — dijo ella, con ojos muy brillantes—. Ven, a mi lado...
- Calma, calma — sonrió Ganz—. Tenemos tiempo; antes hemos de hablar un poco, si te parece.
- Claro que sí, cariño.

Zeryna abandonó la cama, vestida solamente con un liviano camisón que se transparentaba absolutamente. Se acercó al joven y volvió a abrazarle.

- He deseado tanto que llegase este momento — murmuró ardientemente.
- Yo también, querida — contestó él.
- Cuando escuché la noticia de tu muerte, me desmayé... Y casi me pasó lo mismo cuando esa chica me dijo que estabas vivo
- Bueno, soy un tipo con el pellejo un poco duro. Zeryna, hablemos seriamente — propuso Ganz.
- Sí, lo que tú digas.
- Ayer estuve oyendo el discurso de tu Primer Ministro. Perfecto en la forma, conciliador en apariencia, pero duro y amenazador en el fondo. ¿Qué piensas hacer al respecto?
- Nada.
- Tienes que buscar el medio de proponer su destitución...

Ganz se detuvo de pronto. Sonrió.

- Espera un instante — dijo.

Se acercó a la joven y la hizo volverse de espaldas. Ella se quejó.

- ¿Qué es lo que pretendes?

Ganz la hizo girar de nuevo, ahora sin la menor ceremonia.

- Hace algo más de seis años, en una excursión que hicimos Zeryna y yo por el campo, ella se desgarró el vestido en unos arbustos espinosos. Una de las espinas le hizo un arañazo en la base del hombro izquierdo. La cicatriz no era profunda, pero persistía cuando nos separamos. Tú no tienes ninguna cicatriz en la espalda.

Ella se irguió.

- ¿Cómo lo has sabido? — preguntó.

Ganz señaló el gran espejo de tocador que estaba al otro lado de la mujer.

- Lo he podido apreciar con mis propios ojos —contestó. Y agregó—: Tú no eres Zeryna, sino una impostora a sueldo de Tsigor. ¿Dónde está ella?
- No lo sé...

Ganz le echó las manos al cuello.

- Contesta o te estrangulo aquí mismo — dijo amenazadoramente.

La mujer se puso muy pálida.

- Puedes matarme, pero no te diré lo que ignoro — contestó.
- Juraría que perteneces al servicio secreto, pero que muy secreto, de Tsigor. ¿No es así?

Ella apretó los labios, pero no dijo nada. Ganz supo que sus sospechas se habían confirmado.

De pronto, vio algo en uno de los lados de la cara de la mujer. Pasó la yema de su dedo índice por aquel punto y sonrió.

- Esto es algo que Tsigor había planeado durante mucho tiempo. Tienes una figura idéntica a la de Zeryna. Sólo era necesario retocar tus facciones para que pudieras convertirte en su doble. Aún se notan rastros de la cicatriz de la operación de cirugía estética.

- No diré nada más...
- No hace falta. Tengo la seguridad de que Tsigor no iba a comunicarte el paradero de Zeryna, suponiendo que no la haya matado ya. Pero es indudable que mi llegada le obligó a precipitar la ejecución de sus planes y tú debiste ocupar su puesto antes del tiempo deseado.

Guardó silencio unos segundos. Luego sonrió:

- Es posible que Tsigor no conociese la existencia de esa cicatriz o no creyese necesario quitarla mediante un injerto de piel. También cabe la posibilidad de que ya no dispusiera de más tiempo. Pero yo averiguaré dónde está Zeryna... y si ha muerto...
- ¿De veras cree que se lo vamos a permitir, capitán?— sonó una voz burlona en la entrada del dormitorio.

CAPITULO VI

Ganz se inmovilizó en el acto. A través del espejo, podía ver la imagen de Elwos, quien acababa de cerrar la puerta con la mano izquierda. En la derecha empuñaba una pistola neurónica.

- Ha caído en la trampa, tal como esperábamos — añadió—. Pero creo que me retrasé un poco. Acaban de dar las doce...
- Me anticipé unos minutos a la hora acordada. Sin embargo, sabían que iba a venir, ¿no es cierto?
- Estoy aquí — respondió Elwos.

Ganz cerró los ojos un instante. La presencia del esbirro sólo podía significar una cosa.

Aquella joven sustituía a Zeryna en su cargo y se mostraría de acuerdo con todas las decisiones que tomara Tsigor, cosa que la auténtica Zeryna no haría. Aunque él no hubiese acudido a la cita, la impostora habría continuado desempeñando el papel que le habían asignado.

Pero todavía había algo peor. Si Elwos estaba allí, era porque Thevia había sido obligada a hablar. Y luego, con toda seguridad, la habría asesinado. La presencia de Thevia en las audiencias, habría llamado la atención de aquellos miserables...

Su mano se movió fulgurantemente, lanzando un pesado frasco de

colonia en dirección a Elwos. Sorprendido, el esbirro no pudo evitar el impacto del proyectil, que hizo volar su pistola por los aires.

Elwos emitió una horrible imprecación, a la vez que se arrojaba sobre su pistola. El golpe, sin embargo, había entumecido su mano, por lo que se vio obligado a emplear la izquierda.

Sin embargo, y aunque se hiciese sin demasiada puntería, un disparo neurónico podía resultar fatal al alcanzar cualquier región del cuerpo humano. Ganz no estaba dispuesto a morir con el sistema nervioso completamente destrozado.

Cuando Elwos se incorporaba, algo voló por los aires. El pesado machete, con la hoja de treinta y cinco centímetros de largo, se hundió hasta el mango en su pecho. Un trocito de la punta asomó por el centro de su espalda.

Las rodillas del esbirro se doblaron. Empezó a caer.

Ganz saltó como un tigre hacia él y le arrebató la pistola de un manotazo. Luego hizo que Elwos se tendiese de espaldas en el suelo. Le quedaban apenas unos segundos de vida y debía aprovecharlos.

Con gestos nerviosos, se quitó el psicointerrogador y lo aplicó a la muñeca del agonizante. Luego puso en funcionamiento el sistema de respuestas irresistibles a cualquier pregunta.

- ¿Dónde está Zeryna?

Elwos pronunció una sola palabra:

- Rojhark...

Una terrible convulsión sacudió su cuerpo. Sus ojos voltearon agónicamente en las órbitas y las piernas se agitaron un poco. Luego, se relajó gradualmente, hasta quedarse completamente quieto.

Ganz recobró el reloj. La impostora permanecía inmóvil, terriblemente pálida, con los ojos desorbitados por el pánico.

- Si comprendes lo que te conviene, abandonarás inmediatamente este palacio — dijo.

Ella no contestó. Ganz corrió hacia la terraza y, tras salvar la balaustrada, se deslizó velozmente hasta el suelo. Un centinela le salió al paso, pero lo derribó de un fenomenal derechazo.

Mientras corría, pensó que a Tsigor no le convenía una excesiva publicidad de lo ocurrido. No habría una alarma general, pero sí una caza despiadada por los pocos en quienes podía confiar. Por otra parte, ahora se le planteaba un difícil problema: la sustitución de Elwos, hombre que debía de haber estado en posesión de muchos secretos. Buscar a un hombre tan discreto y ciegamente cumplidor de sus órdenes, no debía de resultar tarea fácil.

Aunque lo encontraría, se dijo. «Este cochino mundo sigue siendo el mismo hoy que hace cinco o seis mil años. Con dinero, nada falla», pensó desanimadamente.

Ahora ya sabía dónde estaba Zeryna. Desconocía, sin embargo, todo detalle respecto al astro denominado Rojhark. Bien, en la computadora de a bordo tenía almacenada información suficiente sobre todos los mundos más o menos habitados de la Galaxia, que se habían explorado hasta el momento. Por su nave se sentía tranquilo: si había algo que nadie se atrevía a tocar era una astronave de las patrullas de Exploración-Detección. Los más terribles castigos podían caer sobre el atrevido y muy especialmente si se trataba de alguien con un cargo oficial, que no podía olvidar la legislación sobre el particular.

Aparte de ello, resultaría muy difícil abrirla por quien no conociese la combinación de aperturas de sus escotillas. Y Tsigor ya tenía suficientes complicaciones como para buscarse otras con el Gran Consejo Superior.

Elwos había contestado con su último instante de lucidez y ni siquiera en ese terrible momento había podido eludir la acción del psicointerrogador. Era una lástima que no hubiese podido hablar durante un par de minutos; le habría dicho el punto exacto en que se encontraba Zeryna. Pero tampoco éste era un obstáculo insalvable.

Sin embargo, no podía marcharse de Stennix sin saber algo. Elwos no había llegado a la cámara de Zeryna sólo por intuición.

Temía lo peor para Thevia.

Sus sospechas se confirmaron media hora más tarde, cuando la encontró en el suelo de su dormitorio, en medio de un charco de sangre.

Fue entonces cuando se alegró de haber dado muerte a Elwos. El esbirro había sido, sin duda, un hombre sádico. Podía haber arrancado las respuestas a Thevia mediante un psicointerrogador, lo

que no entrañaba violencia en absoluto, pero no, había preferido usar un cuchillo...

El cuerpo de Thevia era una masa de cortes, no demasiado profundos, aunque sí evidentemente dolorosos. Resultaba patente que Elwos lo había pasado en grande viendo sufrir a la muchacha.

Repentinamente, ella abrió los ojos.

Ganz se arrodilló a su lado.

- Thevia...
- Oh... — Ella gimió—. Yo no quería... Ese hombre malvado me torturó. Dos de sus secuaces me sujetaban... Reían, reían...

Ganz se preguntó por qué nadie había oído los gritos de la víctima. Entonces recordó que Dralde le había dicho que sus aposentos privados estaban agradablemente insonorizados. Elwos, por tanto, había actuado en la más absoluta impunidad.

- Tuve que ceder... — sollozó la chica...

Ganz fue a acariciarle la cara, pero había media docena de cortes en cada mejilla.

- Te llevaremos a un hospital...

Se interrumpió bruscamente. La cabeza de Thevia se había doblado a un lado. Ganz le tomó el pulso. Aquella pobre chica, pensó, no había podido resistir la anemia.

La miró con pena infinita.

- Alguien te enterrará y yo volveré un día para llevar flores a tu tumba y a la de tu hermana — murmuró.

Inspiró profundamente y se puso en pie. Nadie le había visto llegar y no le relacionarían con el crimen, que achacarían a algún perturbado. Sólo él conocía la verdad y, aunque el autor material habla muerto, el cerebro que lo había inspirado, seguía perversamente activo. Debería tenerlo en cuenta.

* * *

El hombre, que había sido despertado a una hora desacostumbrada, emitió un gruñido de queja a la vez que se dirigía hacia la puerta de su casa.

- Ya va, ya va... Pero ¿qué horas son éstas de presentarse en una casa? ¿Es que no sabe la gente que hay unos horarios...?

Abrió una rendija y miró a su través.

- Te advierto que tengo una pistola...
- Vamos, vamos, Japhann Eyrd, ¿desde cuándo necesitas un arma para protegerte de un buen amigo? — exclamó el hombre que había aporreado la puerta hasta conseguir despertar al durmiente.
- ¡Ganz! ¡Philo Ganz!—dijo Eyrd—. Por las doscientas mil vírgenes de Suk-Toi... ¿Qué diablos haces aquí?
- Si no abres la puerta, no te lo podré decir, viejo vendedor de basuras, estafador de porquerías, comedor de excrementos de mulo sarnoso...
- Oh, basta, basta ya de lindezas — gruñó Eyrd—. Entra de una vez y que el gran Hari-Sul te haga suyo mil veces todos los días.
- Ese es el dios de los homosexuales de este planeta, ¿verdad? — dijo Ganz, riendo de buena gana—. No, gracias, no quiero nada con Hari-Sul. Prefiero Venus, de la Tierra.
- Hay gustos para todo — contestó Eyrd filosóficamente. Era un hombre de mediana edad, casi calvo, nariz de pico de loro y cráneo piriforme, casi jorobado—. Bien, capitán Ganz, ¿puedes decirme qué quieres a las malditas tres de la madrugada, cuando todas las personas decentes están disfrutando honradamente de su sueño?
- Las personas indecentes también duermen, aunque alguna puede que tenga pesadillas hoy... o quizá esté en vela. —La mirada de Ganz se paseó por el interior de aquella tienda en la que se vendía de todo, desde las joyas más sofisticadas y los vinos más caros, hasta baratijas de un centésimo de áureo la docena. Era un verdadero bazar y, durante el día, su dueño necesitaba media docena de dependientes para ayudarle.

De Eyrd se decía que sus dependientes eran, en realidad, esclavos de ambos sexos, todos ellos jóvenes y bien parecidos. A veces, seguían comentando los malintencionados, aparecía un comprador caprichoso y se llevaba uno de los «empleados»... y no faltaban ocasiones en que la «pieza» adquirida fuese del mismo sexo. Aún había gente con mordacidad muy superior que sostenía que lo único que Eyrd no

podía vender era su alma, porque no la tenía.

Ganz conocía de sobra todas estas historias, pero también conocía la absoluta discreción de Eyrd. Cobraba caro, pero mantenía los labios sellados. Y, en sus circunstancias, no podía pedir más.

- Necesito un propulsor individual, revisado y abastecido de combustible — dijo al fin.

Las ralas cejas de Eyrd se alzaron.

- ¿Tú, un propulsor? ¿Para qué? No necesitas eludir la acción de la justicia; un Explorador-Detector puede pasearse por una calle repleta de ladrones y asesinos drogados y ni uno solo de ellos le tocará el pelo de la ropa — exclamó, atónito.
- A menos que uno de esos asesinos esté a sueldo de Tsigor.

Hubo un instante de silencio.

- Oh, comprendo — dijo Eyrd—. Tienes problemas con ese granuja, ¿eh?
- Japhann, la palabra granuja, en el caso de Tsigor, es como una gota de agua en el océano. Se necesitarían mil personas, durante mil años, hablando sin parar, para agotar, quizá, todas las invectivas que se le pueden dirigir a ese grandísimo bastardo.
- Creo que tienes razón, pero, a pesar de todo, tú tienes un cargo...
- Estoy en misión secreta, Japhann.

Los ojillos del comerciante chispearon.

- Me parece que voy entendiendo. Pero podías haber acudido a Zeryna. Se dice que ella y tú, en tiempos...
- Eso fue hace cien años — dijo Ganz amargamente—. Y Zeryna no puede hacer nada en mi caso, por dos razones: primero, no sabe nada. Segundo, no está en Stennix.
- Oh, pero eso es imposible... Ayer mismo asistió a un acto benéfico. Lo vimos todos por televisión.
- Es una impostora.
- Si eso es cierto, lo hace muy bien, porque incluso yo me dejé engañar... ¡Una impostora! —se sobresaltó el comerciante—. ¡Por los veinte mil hijos de mi padre, de los cuales soy yo el más indigno! ¿Cómo sabes que Zeryna ha sido sustituida por una doble? Vi a gente que la saludaba y de la que no se puede dudar en cuanto a fidelidad... Habrían hecho pedazos a Tsigor

allí mismo, de haber sospechado la verdad... Y tú lo has adivinado... ¿cómo?

Ganz se echó a reír.

- No hay muchas personas que conozcan su espalda — contestó.
- Oh... Pero, qué canalla eres... — Eyrd frunció el ceño—. De modo que tú sabes dónde está Zeryna y quieres rescatarla, para destapar el pastel.
- Exactamente.
- No debe de estar muy lejos de la capital, cuando me pides un propulsor individual, que no puede volar más allá de quinientos kilómetros.
- Es para llegar hasta mi nave. No puedo arriesgarme a viajar a pie. La capital debe de estar atestada ya de patrullas que buscan al hombre que ha dado muerte al capitán Elwos.

Eyrd pareció sufrir un choque.

- Elwos, muerto — murmuró —. No me lo acabo de creer... — Juntó las manos y miró al techo, con expresión arrobada—. Los sesenta mil dioses de Dabbarthis han escuchado mis súplicas — clamó.
- ¿Lo pediste sesenta mil veces? — rió Ganz.
- Yo creo que lo pedía a todas horas. Ese miserable... Había empezado a cobrar impuestos por su cuenta, ¿sabes? Y no era yo el único a quien apretaba las clavijas... Te aseguro que, a partir de este momento, podré hacer una rebaja general en todos mis artículos del diez por ciento.
- Mucho debía de pedirte — comentó el terrestre.
- Mejor será que lo olvidemos. Hablemos de lo nuestro. ¿Tienes dinero?
- Te firmaré un pagaré, a cobrar en la Tesorería de la Embajada terrestre, Japhann.
- ¡Hum! Es un procedimiento que no me gusta...
- ¿Prefieres que te dé un buen puñetazo y que robe el propulsor?
- Pues, mira, no sería mala idea. Pero hazlo después de firmar ese pagaré, ¿eh?

Ganz rió de buena gana. Eyrd quería salvar su responsabilidad. Y era lo suficientemente sensato para saber que alguien rescataría el pagaré sin rechistar.

- Está bien, vamos allá.

Eyrd se encaminó al almacén posterior, en donde había una inmensa cantidad de género. Con amplio ademán, señaló un rincón del lugar.

- Elige a tu gusto.

La elección estuvo hecha en medio minuto. A continuación, en un papel que le había prestado Eyrd, Ganz redactó los términos del pagaré, estremeciéndose al escuchar la cifra.

- La amistad a un lado y los negocios al otro, ¿eh? — comentó, sarcástico.
- Es que incluyo también el valor del puñetazo — dijo Eyrd sin pestañear.

Ganz se colocó el propulsor a la espalda y luego se dirigió hacia la puerta trasera. De pronto, Eyrd le hizo una pregunta:

- Capitán, si Zeryna no está cerca de la capital, ¿adónde la ha llevado el bastardo de Tsigor?
- A Rojhark.
- ¡No!

Ganz frunció el ceño, al darse cuenta de la nota de pánico que había en la voz del comerciante.

- ¿Qué pasa? ¿Es un lugar tan malo como pareces dar a entender?

Eyrd hizo un gesto lleno de pesimismo.

- No quisiera desanimarte... pero dudo mucho de que encuentres con vida a nuestra princesa — contestó sombríamente.

Ganz apretó las mandíbulas.

- Si ella ha muerto, volveré a Stennix y le echaré las tripas fuera a Tsigor. Sin anestesia, claro.

Abrió la puerta y ya se disponía a salir, cuando, de pronto, recordó algo.

- Dispénsame, Japhann.

Su puño se disparó sin demasiada fuerza, lo justo para que antes de un cuarto de hora apareciera un hematoma en el mentón del comerciante. Mientras Eyrd caía de espaldas, él se lanzó fuera, accionó los mandos del propulsor individual y se elevó en la noche a toda velocidad.

CAPITULO VII

La astronave se hallaba en un paraje solitario, fuera de la ciudad. A mil metros de distancia, Ganz, volando en las sombras nocturnas, divisó un espectáculo singular.

Había un círculo de reflectores, sostenidos por trípodes, encarados directamente a la nave, que aparecía brillantemente iluminada. Otro círculo, paralelo al anterior, enviaba sus haces de luz en dirección opuesta. Nadie podría acercarse al aparato, sin ser visto en el acto.

Ganz refrenó un instante la marcha del propulsor y se quedó inmóvil a unos trescientos metros del suelo. De pronto, sonrió.

Los hombres de Tsigor no habían sido demasiado listos. Bien era verdad, se dijo, que les faltaba Elwos, un tipo verdaderamente astuto. Pero, aun así, no deberían haber cometido aquel error.

Lentamente, reanudó la marcha. Se felicitó por haber elegido el último modelo de propulsor, movido por antigravedad. Un propulsor más anticuado habría empleado cohetes, lo que, además de hacer ruido, habría producido llamas en los tubos de escape. El generador antigravedad era absolutamente silencioso.

El error de los hombres que rodeaban la nave, suficientemente prudentes, sin embargo, para no tocarla, consistía en haber iluminado solamente la mitad inferior, precisamente aquella en que se encontraban las dos escotillas de acceso. La nave tenía forma lenticular y, apoyada sobre el corto tren de aterrizaje, alcanzaba una altura de veinticuatro metros sobre el nivel del suelo. Las escotillas laterales estaban sólo a cinco metros.

Ganz voló con gran lentitud. Al hallarse sobre la vertical del centro de su nave, descendió muy suavemente. Sus pies tocaron el casco del aparato sin hacer el menor ruido.

Muy despacio, se agachó y quedó en cuclillas. Desde la oscuridad, sonrió. Paradójicamente, él podía ver a todos los guardias, con fusiles

neurónicos al brazo, mirando hacia la oscuridad que había más allá de la zona iluminada por los proyectores. Sin dejar de vigilar a su alrededor, tanteó con los dedos la lisa superficie de la nave, hasta encontrar cuatro levísimas concavidades, especialmente acomodadas a las yemas de sus dedos. Aquellos huecos tenían impresas sus huellas dactilares, pero al revés, como si fuese un molde para reproducirlas. Nadie sino él podría abrir la escotilla de emergencia.

Movió los dedos levemente, hasta que notó que el metal se hundía cosa de un milímetro. Entonces, una trampilla cuadrada giró silenciosamente.

Ganz se deslizó sobre el hueco y cerró la escotilla. Después de quitarse el propulsor descendió a la cubierta inferior por una escalera de ocho peldaños. Ahora ya estaba en terreno conocido.

Segundos después, se hallaba en su puesto de mando. Sus diez dedos volaron sobre el tablero, pidiendo una inspección de aparatos e instrumentos. Una serie de luces verdes se encendieron sucesivamente. Entonces, empuñó la palanca de vuelo subatmosférico y el aparato se levantó del suelo.

Fuera se oyeron gritos de sorpresa. Las patas del tren de aterrizaje chasquearon al esconderse en las guarda- cámaras. Un segundo después, la nave se lanzaba hacia arriba a toda velocidad

En pocos minutos, estuvo fuera de la atmósfera. Ganz conectó el sistema de vuelo espacial y empezó a trabajar en la computadora.

Aunque había logrado eludir el cerco, no sonreía. Recordaba perfectamente la sombría expresión de Eyrd, al mencionar Rojhark. ¿Qué gravísimos peligros acechaban a Zeryna en aquel mundo misterioso?

Mientras volaba con creciente velocidad, adentrándose en las tinieblas del espacio, se preguntó si llegaría a tiempo de salvar a la joven.

Resultaba indudable que Tsigor enviaría patrullas en su persecución, pero no le importaba. No había nave que pudiera alcanzar a la de un Explorador-Detector.

Pero quizá ni la misma velocidad de su aparato fuese suficiente para llegar a tiempo de salvar la vida de Zeryna, Princesa de Stennix.

* * *

Visto desde la altura, aunque ya en el interior de la atmósfera, Rojhark resultaba un mundo terrible y misterioso, con selvas inextricables, en las que los árboles alcanzaban sin dificultad alturas de ciento cincuenta y más metros; desiertos calcinados, en los que era imposible la vida, m siquiera en sus más rudimentarias manifestaciones, y océanos tempestuosos, con olas que recorrían su espumeante superficie a velocidades inconcebibles.

Era, tal vez, pensó Ganz, un planeta en formación, todavía en un estudio primitivo de su evolución, tal como había sido la Tierra mil millones de años antes. Tsigor no había podido elegir mejor lugar para deshacerse de una mujer que no quería doblegarse a sus caprichos.

Recordó el último discurso de Tsigor ante la Asamblea. Por precepto constitucional, Zeryna habría debido tener conocimiento previo de su contenido y autorizarlo con su firma y sello Seguramente, se habría negado, pero Tsigor, hombre astuto, había calculado bien y la impostora era la que había dado su permiso para el discurso.

Era un plan que, sin duda, había puesto Tsigor en práctica mucho tiempo antes. Inevitablemente, el choque había tenido que producirse, pero Tsigor se hallaba ya preparado para tal eventualidad. La negativa de Zeryna a aprobar el discurso, podía haber provocado su caída como primer Ministro. Disponiendo de una doble, la dificultad quedaba solventada.

Otra prueba del sadismo de Tsigor la constituía el hecho de que no hubiese hecho asesinar a Zeryna. Era un acto que podía haberle acarreado muchos problemas. Lo mejor era abandonarla en aquel planeta salvaje, en donde no tardaría en morir, devorada por alguna fiera o ahogada en una ciénaga. Y nadie encontraría jamás sus restos.

Inexplicablemente, Rojhark tenía una zona tranquila. Era una especie de subcontinente, situado en un área templada, donde la vegetación parecía tener aspecto más corriente y normal. Los ríos que podía divisar desde la altura, aunque caudalosos, parecían de aguas tranquilas. La altitud, sin embargo, resultaba excesiva para una cómoda observación visual. Había bastantes nubes y, por otra parte, la misma atmósfera representaba un obstáculo nada desdeñable.

Pero Ganz tenía en funcionamiento desde hacía rato el detector de mentes inteligentes, un sofisticado aparato que alcanzaba a casi cien kilómetros y que le indicaría, sin lugar a dudas, el lugar donde podía hallar la persona a quien buscaba.

— Si está viva — murmuró.

Porque si había muerto, Tsigor pagaría su crimen. Y no le importarían las consecuencias de su acción. Había prometido echarle las tripas al aire y lo cumpliría.

De pronto, apareció en la pantalla del detector una debilísima señal.

Era sólo una línea verdosa, que oscilaba apenas. Ganz comprendió que la persona cuya mente detectaba el aparato estaba semiinconsciente. Un golpe, una caída…

La nave se detuvo en el acto. Lentamente, Ganz hizo una exploración con la pantalla del detector, buscando una señal más fuerte y definida. Tenía que moverse un poco a su derecha.

La señal apareció clara y nítida, pero sin variaciones apenas en su trazado. Ganz maldijo en voz baja; el detector señalaba la presencia de una persona justo bajo la nave, pero no su identidad. Podía ser Zeryna… pero también podía tratarse de otro ser inteligente.

De todos modos, se dijo, no tenía opción. Debía tomar tierra para investigar el origen de la señal.

Súbitamente, la línea tomó un trazado irregular, con notables altibajos. Aquella persona había recobrado el conocimiento.

Un segundo después, el color verde de la línea empezó a hacerse blanco, tornando gradualmente hacia el rojo. Ganz se estremeció.

El color rojo era el resultado de la detección de una mente que se encontraba en peligro. Ya no se lo pensó más; empuñó los mandos y la nave se lanzó hacia abajo verticalmente, como una piedra.

El detector tenía una virtud sobre todas: no identificaba a la persona señalada, pero indicaba con toda exactitud el lugar en que se encontraba.

* * *

Apenas había puesto el pie en tierra, oyó un agudísimo chillido.

Ya no cabía duda: la mente detectada pertenecía a Zeryna,

Ganz buscó con la vista. De pronto, vio algo que le hizo dudar de sus sentidos.

Era una planta colosal, con zarcillos del grueso de un brazo humano y hojas de más de dos metros de largo, sostenida por un tallo que no medía menos de tres metros de grueso, aunque ridículamente corto, dos metros o menos. Pero la extensión de sus ramas era impresionante; al menos abarcaba un espacio de más de trescientos metros cuadrados.

Los zarcillos se movían con gran lentitud, como tentáculos de un animal torpe o sumido en un extraño sopor. Sin embargo, no soltaban su presa. Y la presa era Zeryna.

La joven se encontraba a cinco metros del suelo, con el cuerpo sujeto por dos de aquellos enormes tentáculos, que se movían muy despacio, pero, inexorablemente, en dirección a lo que parecía el centro de la corola de una flor gigantesca. Indudablemente, se trataba de una planta carnívora, de dimensiones indescriptibles.

Pero lo más horrible de todo era aquella especie de nudo central, enorme, de dos metros de diámetro, que tenía el vago aspecto de un rostro humano. ¿Era una planta-hombre?

Ganz creyó ver unos ojos tan grandes como el puño, unas fosas nasales toscamente señaladas, una boca que no era más que una grieta... Incluso se podía pensar que el tronco que unía la planta al suelo era el cuello de aquel cuerpo de pesadilla.

En la base del nudo con apariencia de cabeza, había un receptáculo cóncavo, formado por dos enormes hojas ovaladas, que se separaban como las de un libro. Los bordes externos de las hojas estaban armados con unas espinas afiladísimas, de más de treinta centímetros de largo y, evidentemente, tan duras como si fuesen de acero. Aquellas dos hojas apresarían el cuerpo de Zeryna, lo traspasarían y...

Era preferible no pensar en lo que podía suceder después. Lo que convenía era actuar sin pérdida de tiempo. Por fortuna, no se trataba

de una planta carnívora terrestre, de acción casi instantánea. El mismo colosalismo del vegetal era la causa de la lentitud de sus movimientos.

De pronto, Ganz vio que un zarcillo reptaba por el suelo, en dirección hacia él. Retrocedió vivamente.

Desde la altura, Zeryna le dirigió una mirada implorante.

- Philo...
- Calma, ahora te rescataré — contestó él.

En la nave disponía de toda clase de herramientas, pero estaba claro que no podía utilizar un hacha. Tenía algo mejor, sin embargo.

Momentos después, volvía a salir de la nave equipado con el propulsor individual. En las manos llevaba un gran soplete.

Los zarcillos habían acercado a Zeryna a una distancia de tres metros de las hojas-mandíbula. Su altura sobre el suelo había disminuido un tanto.

Ganz conectó el soplete. Una larga llama, de más de un metro, rugió en el acto. La llama, que brotaba con una temperatura de tres mil grados centígrados, cortó uno de los zarcillos como si fuese de simple mantequilla.

Toda la planta sufrió una terrible convulsión. Ganz dio un salto hacia adelante y envió un chorro de fuego hacia las hojas-mandíbula, que se carbonizaron instantáneamente.

Un horrible hedor invadió el ambiente. Ganz contempló el nudo y creyó ver en aquellos ojos una expresión de dolor y odio infinitos. Fría, resueltamente, cortó dos zarcillos más y se abrió paso, hasta situarse a corta distancia del tronco.

El chorro de fuego actuó devastadoramente, abrasando aquel tronco colosal. Un sonido indescriptible brotó de la planta agonizante, el lamento de un ser que se sabía condenado a una agonía irremisible.

Los zarcillos perdieron fuerza. Sin soltar el soplete, Ganz manejó el propulsor con la mano izquierda.

— ¡Zeryna, agárrate! —gritó, ya en el aire.

Ella alargó los brazos y se asió con todas sus fuerzas al cuello del

terrestre. Ganz envió otro chorro de llamas hacia abajo y dio toda la potencia al propulsor.

Los dos se elevaron en el aire unos cuantos metros. Ganz lanzó el soplete al centro de la corola. Luego maniobró para alejarse de aquella horrible planta, de la que brotaban aún gemidos indescriptibles.

El propulsor, sin embargo, no tenía la suficiente potencia para sostener dos cuerpos y empezó a perder altura. Ganz y la joven rodaron por tierra a unos metros de la planta. El se levantó en el acto y, cogiéndola en brazos, echó a correr. Casi en el mismo instante, la planta entera se inflamó con terrible llamarada que superó por unos instantes la luz del sol.

La planta emitió su último gemido de agonía. Minutos después, ya no restaba más que un montón de cenizas hediondas en aquel lugar.

Ganz no perdió tiempo en conversar con la joven., Antes de que Zeryna hubiera podido reponerse por completo, la nave había levantado el vuelo, abandonando aquel fatídico planeta.

CAPITULO VIII

La nave de un Explorador-Detector estaba equipada con toda clase de comodidades, habida cuenta de que su ocupante debía pasar largas temporadas en el espacio. Sumergida en un reconfortante baño, Zeryna empezaba a relajarse, después de haberse creído a punto de morir.

La puerta se abrió un poco. Ganz dejó algo en el suelo.

- Tu vestido estaba destrozado — dijo.
- Gracias, Philo.
- No hay de qué. Cuando salgas, sin prisas, por supuesto, tendrás preparada una buena comida.

Ganz se encaminó a la cocina. Un cuarto de hora más tarde, Zeryna apareció, ataviada con una blusa y unos pantalones que, evidentemente, le estaban largos, puesto que había tenido que doblar los bajos. Ganz sonrió y le entregó unas tijeras.

- Corta las perneras a tu gusto y siéntate. La comida estará dentro de cinco minutos. Tendrás apetito, supongo.

- No te lo puedes imaginar bien — rió la joven—. ¿Cuál es el menú?
- Ensalada, sopa, salmón, chuletas, fruta, tarta, vino y café.
- Has dicho salmón — respingó ella.
- Legitimo de Alaska. Aunque congelado, claro; pero no en conserva. Dime, ¿qué tal lo has pasado en Rojhark?
- Puedes imaginártelo — contestó ella —. Sola, sin armas, sin alimentos... perdida en un lugar que no conocía...
- Hay sitios mucho peores — observó Ganz, mientras empezaba a colocar los platos sobre la mesa.
- Lo sé. Pero el piloto de la nave ordenó que me dejaran en las inmediaciones del lugar en que me has encontrado. Tengo la impresión de que no le gustaba lo que tenía que hacer, pero que no se encontraba en condiciones de oponerse.
- Por tanto, te dejó en una zona relativamente tranquila.
- Salvo por aquella horrible planta carnívora. ¿Era un ser inteligente, Philo?
- Mi detector sólo señaló una mente en actividad. Claro que puede tener otra clase de cerebro, con una emisión de ondas muy distinta de la nuestra.

La mesa estaba ya puesta y empezó a servir la sopa. Apenas hablaron durante la comida. Al terminar, Ganz, satisfecho, observó que los colores habían vuelto al rostro de la joven.

- Pareces otra — sonrió.
- He pasado unos cuantos días a base de frutas... — Zeryna apoyó los codos en la mesa —. Philo, ¿por qué?

Ganz comprendió en el acto el sentido de la pregunta.

- Simplemente, Tsigor es un hombre ambicioso — manifestó —. Tú eras un obstáculo para sus proyectos y decidió eliminarte.
- Pero no me mató...
- Tu cuerpo podía ser hallado y su traición quedaría así al descubierto.
- Ahora también; yo no estoy en Stennix, Philo.

Ganz frunció el ceño.

- ¿Cómo te trajeron hasta aquí? — preguntó.
- Supongo que me dieron un narcótico. Desperté ya en la nave...
- Para Tsigor, tu ausencia no es problema. Llevaba ya mucho

tiempo planeando este asunto, porque sabía tu oposición a sus proyectos, y se buscó alguien que pudiera ser tu doble.

Zeryna se sobresaltó.

- ¿Cómo? ¿Hay una doble en mi lugar?
- Muy bien preparada — contestó él—. Tanto, que estuvo a punto de engañarme a mí.
- Pero adivinaste la trampa.
- Por la cicatriz de tu espalda.
- Oh... A Tsigor se le pasó por alto.
- Evidentemente. Además, sabían que iba a verte. Elwos apareció de improviso y peleamos. Tuve que matarlo.

Ella se estremeció.

- ¿No tenías otra solución?
- Me apuntaba con una pistola neurónica. Le arrojé mi machete.
- Está bien, no te lo reprocho... pero ¿qué vamos a hacer ahora? No hay muchas personas que conozcan el detalle del rasguño en la espalda... y ni aun eso podría convencer a los más dispuestos a creer en la suplantación de mi personalidad.
- Eso es muy cierto, pero es que, de momento, no regresamos a Stennix. Tengo otros planes.
- De modo que no volvemos a mi residencia... Explícate, ¿quieres?
- Sí, pero, antes, perdona un momento...

Con toda tranquilidad, Ganz sacó un cigarro y lo encendió lentamente. Después, empezó a hablar.

* * *

Zeryna le escuchó en silencio todo el tiempo, sin interrumpirle ni una sola vez. Al terminar, le miró con ojos incrédulos.

- Has conseguido averiguar en pocos días, más que yo en meses enteros...
- Tú estabas cercada y yo andaba suelto. Además, supe buscar las personas adecuadas.
- Como D’Kir.

- Y Dralde Zvott y su hermana Thevia, asesinadas por orden de Tsigor.
- Haré que pague caro...
- Si conseguimos frustrar sus planes, podrá considerarse derrotado — aseguró Ganz.
- No veo cómo, Philo.

Ganz sonrió.

- Hay algo que me da una enorme ventaja sobre Tsigor, y es que ignora que yo sé dónde está su yacimiento de diamantes.
- ¡No! — gritó ella.
- Lo encontré por casualidad. Mi nave no es una obra perfecta y tuve un escape de agua, que me dejó sin otra cosa que unos cuantos cubitos de hielo en el frigorífico. Así pues, tuve que buscar precipitadamente un planeta con agua y encontré Taghat.
- Pero esa mina necesitará muchos operarios... miles, quizá...
- Tsigor dispone de mano de obra suficiente. Orrel-3 sólo tenía un planeta escasamente habitado. Simplemente, capturó a los nativos que pudo o que consideró más fuertes y robustos. A los demás, les dejó abrasarse en la explosión cósmica.
- ¡Qué canalla! —se indignó Zeryna—. Todo eso fue hecho a mis espaldas...
- Supo rodearse de buenos colaboradores, es preciso reconocerlo. Y también despiadados. Con tal de conseguir sus propósitos, no le importa provocar una tormenta en el cosmos.
- Por medio de diamantes...
- Carbono puro, en la cantidad suficiente, para iniciar una reacción de inestabilidad en la masa ígnea de una estrella. Como dijo D'Kir, una simple bacteria es suficiente para matar a una persona.
- Aun así, el tamaño de una persona no puede compararse con el de una estrella...

Ganz se echó a reír.

- Zeryna, yo peso unos ochenta y cinco kilos, lo que significan ochenta y cinco decímetros cúbicos de volumen. Cada decímetro cúbico, tiene mil centímetros cúbicos, y cada centímetro, mil milímetros. En cada milímetro cúbico de sangre, tengo nada menos que cinco millones de glóbulos rojos. ¿Te imaginas ahora la cantidad de glóbulos rojos que tengo en, aproximadamente, cinco litros o decímetros cúbicos de sangre?

Zeryna se quedó pasmada al escuchar aquellas cifras.

- Un glóbulo rojo...
- Con respecto a ese glóbulo rojo, yo tengo un volumen miles de millones de veces superior al suyo. Aproximadamente, la misma proporción entre una astronave cargada con veinte toneladas de diamantes y el sol que se piensa destruir.
- Sí, creo que tienes razón...
- Por supuesto, la reacción no se produce instantáneamente, pero se inicia apenas la nave ha caído en el sol. En ese momento, comienza la «infección» producida por el carbono puro y el momento crítico, es decir, la explosión, sobreviene en un espacio de tiempo que oscila entre los dos y los cuatro meses.
- Es decir, a Aldryn-4 le quedan unos cuatro meses de existencia, como tal sistema solar.
- Más o menos.
- Y tú piensas ir a Taghat...

—Y destruir la nave que va a transportar la bacteria que originará la infección y que acabará irremisiblemente convirtiendo a ese sol en una estrella «nova».

Hubo un instante de silencio. Zeryna se sentía abrumada por las cifras.

- ¿Cómo piensas evitar la catástrofe? — preguntó al cabo.
- No hay más que una solución.
- Destruir la astronave que cargará los diamantes.
- Exactamente.
- ¿Tienes algún plan concreto?
- En parte sí, pero pienso estudiarlo a fondo durante el viaje. —Ganz sonrió a la vez que se ponía en pie—. Me imagino que debes de sentirte cansada. ¿Por qué no te acuestas un rato?
- No sé si podré dormir, después de haber oído cosas tan terribles — suspiró la joven.
- Lo necesitas. Ya verás; te dormirás apenas pongas la cabeza en la almohada.

* * *

La nave volaba a velocidad satisfactoria rumbo a Taghat. Con la ayuda de la computadora, Ganz hizo los cálculos pertinentes. Luego conectó el piloto automático y allí mismo, en el sillón del piloto que era graduable, se relajó y cerró los ojos.

Durmió sin dificultad unas cuantas horas. De pronto, oyó un ligero tintineo. Era el interfono de a bordo.

Ganz tocó la tecla de contacto. Inmediatamente, oyó una voz:

- Pasajera a comandante. Tengo dificultades en el sistema de aireación.
- Voy en seguida — contestó él.

Abandonó el asiento, recorrió un pasillo y se detuvo ante una puerta. Tocó con los nudillos y recibió la respuesta casi en el acto.

- Puedes pasar.

Ganz abrió. El camarote estaba sumido en la penumbra. Sobre la cama, divisó una sombra blanca, cubierta en parte con una sábana.

- Aquí se respira normalmente — observó Ganz.
- ¿De veras? Yo noté cierto sofoco...

Ganz se asomó y contempló el control de aire.

- La ventilación está en orden — manifestó.

Zeryna se impacientó.

- Pasa de una vez, tonto — exclamó.

Ganz contuvo una sonrisa. Cerró la puerta y avanzó hacia la litera.

- Me parece que tú deseas otro sistema de ventilación — dijo.
- Quizá el de la nave no es el adecuado.
- A lo mejor te gusta más el boca a boca.
- ¿Por qué no pruebas, Philo?

Ganz se sentó en el borde del lecho.

- Hace seis años, nos separamos con cierta violencia — dijo.
- Yo tenía veintiún años.
- Y un prometido.
- No me gustaba, tú lo sabes bien.
- Era el esposo aprobado por tu gobierno.
- Mi gobierno no puede forzarme a casarme con quien no me guste. La mejor prueba de ello es que continúo soltera.
- Acaso no has encontrado otro pretendiente mejor.
- No hay más que uno y tú lo sabes bien.
- Sí, pero existe algo que nos separa radicalmente.

- ¿Mi posición, tal vez? Sabes perfectamente que la ley me autoriza a contraer matrimonio con cualquier hombre, con tal de que esté sano y en condiciones de procrear.

Ganz calló. Zeryna, súbitamente, se sentó en el lecho, sin importarle enseñar sus hermosos senos.

- Oh, ya sé — dijo, furiosa—. Tu maldita profesión... No quieres dejarla, ¿verdad?
- Te propuse un trato y tú no lo aceptaste.
- ¡Pero yo no puedo...!
- Y yo no quiero ser príncipe consorte.
- ¡Machista! —le apostrofó ella.
- No se trata de que quiera mandar en casa. Simplemente, debemos ceder los dos.
- Pero yo perdería más...
- Me ganarías a mí.
- ¡Presumido! Estúpido vanidoso...
- Déjate de tonterías. Eres princesa porque una computadora te eligió entre muchas aspirantes hace veinte años, no por nacimiento ni porque lleves sangre real en tus venas. Es la ley de Stennix, de acuerdo, pero esa misma ley no prohíbe la abdicación. Aún más, te guste o no, antes de cumplir los treinta años, tendrás que casarte, para tener un hijo. Y no heredará tu cargo, pero sí perpetuará tu apellido. Abdicando, te evitarías la pesada carga que ahora gravita sobre tus hombros, y perdona una frase tan manida
- Para casarme contigo e irnos a vivir a alguna granja...
- Me gusta el espacio, pero lo dejaría sin vacilar, si aceptases mi proposición.
- No, Philo

Ganz se levantó.

- Entonces, es inútil que sigamos discutiendo. Lucharé por ti, hasta el final, desde luego; pero sólo por obligación... y porque debo evitar esa tormenta cósmica que ha planeado tu primer ministro.

Inmediatamente, se dirigió hacia la puerta. Antes de abrir, Zeryna le llamó:

- ¡Philo!

El terrestre se volvió. Zeryna, sentada, se mantenía erguida,

mostrando orgullosa la belleza de su pecho.

- Al menos, acepta la mujer — propuso ella.
- La aceptaré cuando sepa que, verdaderamente, se va a comportar como una mujer — se despidió Ganz con frialdad.

Zeryna, furiosa, agarró la almohada y se la tiró, pero Ganz había cerrado ya la puerta.

CAPITULO IX

Desde la cumbre de la loma, tendidos en el suelo, contemplaron el campamento minero en el que, extrañamente, reinaba una tranquilidad que Ganz estimó desconcertante.

Apenas había personas a la vista. No había un solo hombre trabajando. Las máquinas estaban paradas. La cinta transportadora de mineral apareció inmóvil.

- Esto no me gusta — dijo él, mientras mordisqueaba un tallo de hierba.
- Tal vez es su día de descanso — apuntó Zeryna—. Tsigor no es tan estúpido que no comprenda la necesidad de mantener en buena forma física a sus esclavos.
- Conociendo a Tsigor, es fácil adivinar que la vida de los operarios le tiene sin cuidado. No, algo pasa aquí, y no puedo imaginarme de qué se trata.
- Philo, tú hablaste de una nave, pero yo no veo ninguna. ¿Dónde la tienen?

Ganz señaló la torre del ascensor.

- Allí — indicó —. El desfiladero está cubierto por una red de enmascaramiento, muy bien construida...

De repente, un ronco fragor brotó del suelo.

Nubes de humo ascendieron desde el fondo del desfiladero. La red empezó a arder espectacularmente.

- ¡Dios mío!—se aterró Ganz—. Han iniciado el lanzamiento.

La punta del cohete asomó entre las llamas de la red incendiada. La nave ascendió lentamente al principió, hasta el punto de que

parecía no podría sustraerse a la gravedad. Pero, de repente, salió disparada a lo alto, dejando como estela una inmensa columna de fuego y humo.

El estruendo era ensordecedor. Zeryna tuvo que taparse los oídos, para poder soportar aquella insufrible oleada de vibraciones sonoras.

Ganz tenía la boca abierta, mientras contemplaba la ascensión de la nave, que se movía con creciente velocidad. Antes de un minuto, el cohete se había perdido de vista y sólo quedaba como rastro una estela blanquecina, que era como una cuchillada en el azul del cielo.

- Philo, ¿por qué utilizan una nave tan anticuada? — exclamó Zeryna, repuesta en parte de la sorpresa—. Es un sistema terriblemente primitivo...
- Sólo hay una razón — contestó él —. Los generadores antigravedad podrían afectar a la estructura molecular de los diamantes de la carga.
- Sí, puede que tengas razón — convino ella —. Mira, la gente empieza a salir de los refugios...

Ganz agarró su mano y tiró hacia la pendiente.

- Y nosotros hemos de marcharnos inmediatamente — dijo.
- ¿Adonde, Philo?
- Debemos alcanzar la nave y desviarla de su órbita. Incluso, si es necesario, hacerla volar con los explosivos que había traído para utilizarlos en este mismo lugar. ¡Vamos!

Esta vez, Zeryna no formuló ninguna objeción y corrió junto al terrestre en dirección a la astronave, situada junto al río. Atravesaron un trozo de bosque y alcanzaron el claro. Cuando se disponían a cruzar el último trozo de terreno, surgieron repentinamente varios hombres armados con fusiles neuróticos.

Zeryna lanzó un grito de terror. Ganz se irguió.

- Será mejor que se estén quietos — dijo uno de los hombres —. Soy el capitán Yaxtol, comisionado especialmente por el Primer Ministro para solucionar cierto problema que no es necesario mencionar.

Ganz apretó los labios.

- Nos van a matar — adivinó.
- Sí — confirmó Yaxtol.

* * *

Sobrevino un momento de silencio, denso, agobiante. Yaxtol hizo un gesto con la mano y sus hombres formaron en fila a ambos lados.

- Tú no puedes hacer eso, capitán... — gritó Zeryna súbitamente—. Soy la princes...
- La princesa está en Stennix — cortó fríamente Yaxtol—. ¡Preparados!

Seis fusiles se pusieron horizontales instantáneamente. En, los labios de Yaxtol lucía una sonrisa llena de perversidad. Era fácil adivinar que buscaba ocupar el puesto que Elwos había dejado vacante forzosamente.

De pronto, Ganz levantó la mano.

- Un momento, capitán.

Yaxtol arqueó las cejas.

- ¿Qué es lo que deseas? — preguntó—. Si quieres decir algo, dilo; no le voy a negar su último deseo a un condenado a muerte.
- Muy amable — sonrió Ganz—. Lo que quiero decirte es una cosa muy sencilla. Repara en mi uniforme y en las insignias de mi grado y profesión.
- Sí, ya sé que eres capitán Explorador-Detector, pero eso no quita para que yo...
- Lo primero que tienes que saber, capitán, es que un hombre de mi profesión no deja nunca su nave sin algunos aparatos en constante funcionamiento. Por ejemplo, una radio subespacial, que transmite incesantemente mi posición y cuyas emisiones son recogidas por ciertas estaciones, cuyo emplazamiento, como es lógico, no te voy a revelar.

»Segundo, hay cámaras ocultas que están registrando todo cuanto sucede en estos momentos, imagen y sonido. Si nos fusilas, esas imágenes serán contempladas algún día por personas que poseen la facultad de pedir severos castigos contra los autores de algo que no es sino un crimen. Tú nos has capturado aquí y nos vas a ejecutar sin las formalidades legales mínimas. Por mucho que lo intentes, jamás podrás entrar en mi nave... y aunque cumplas órdenes de Tsigor, no podrás alegar algún día que desconocías la ley. Ni tus hombres

tampoco.

Lentamente, con la misma mano izquierda, Ganz sacó una billetera negra, que desplegó con seco gesto.

- Aquí está la insignia de mi cargo — añadió—. La cámara recoge el momento en que me identifico y te hago recordar que Stennix tiene firmado el convenio galáctico sobre respeto, protección y ayuda a los oficiales Exploradores-Detectores. Ah, otra cosa: de este crimen, se hará responsable, no sólo al que ordenó la ejecución, sino a los que cumplimentaron esa orden.

Algunos de los soldados empezaron a vacilar.

- Caramba, capitán, esto es demasiado fuerte — se lamentó uno.
- Oiga, cuando vinimos aquí, no nos dijo usted que el hombre a quien perseguíamos era un Explorador-Detector— manifestó otro.

Un tercero habló algo sobre perseguir a un criminal peligroso, lo cual era muy distinto de fusilar a un oficial de las patrullas que investigaban las condiciones astrofísicas de los sistemas planetarios. Yaxtol empezó a desconcertarse, porque sabía que si cumplía la orden de Tsigor, momentáneamente recibiría honores y recompensas, pero luego se encontraría en un gravísimo compromiso. Incluso Tsigor era capaz de pedir que le juzgasen, por haberse extralimitado en sus órdenes.

Vaciló, Ganz adivinó sus dudas y e hizo un gesto con la mano.

- Acércate, capitán, por favor.

Yaxtol dio unos cuantos pasos.

- Tengo que decirte algo confidencial...

Los dos hombres estaban casi juntos. De súbito, Ganz, que ya había guardado la insignia, disparó el puño izquierdo, desviando el arma con la que, pese a todo, seguía encañonándole Yaxtol. Inmediatamente, clavó el otro puño en el estómago del desprevenido sujeto, haciéndole doblarse sobre sí mismo. Un brutal rodillazo en la mandíbula, acabó por lanzar al suelo sin sentido al esbirro de Tsigor.

Los soldados habían contemplado la escena sin ánimos de intervenir. Ganz les dio una orden:

- Será mejor que tiréis las armas.

Seis fusiles cayeron al suelo. Zeryna avanzó un paso.

- Soy la princesa auténtica — declaró —. La que ocupa mi puesto es una impostora. Os ordeno que obedezcáis en todo al capitán Ganz.

Los soldados se pusieron rígidos. Ganz avanzó un paso.

- ¿Dónde está el piloto? — preguntó.
- Es el propio capitán Yaxtol, señor — respondió uno de los guardias.

Ganz se volvió hacia la joven.

- Voy a usar tu nave durante unos minutos — dijo—. Haz que estos hombres aten y amordacen a Yaxtol hasta mi regreso.
- Está bien, pero ¿qué pretendes hacer?
- Mi nave no tiene cañones destructores — contestó Ganz.
- Recuerda que hay una nave en camino hacia Al- dryn-4.
- Lo sé, pero tenemos tiempo de sobra. Espérame aquí.
- De acuerdo.

Ganz echó a correr hacia la nave de Yaxtol, que se hallaba a unos centenares de metros, oculta entre el bosque. Sentíase satisfecho de la forma en que había solucionado el conflicto. Ciertamente, el prestigio de los hombres de su profesión era grande… y Tsigor había perdido a su ayudante más valioso. Elwos no habría dudado siquiera en ordenar la ejecución.

Yaxtol no había dado el resultado apetecido. Tsigor lo lamentaría, pero no era de su incumbencia.

En pocos minutos llegó a la nave. Desde el suelo, contempló las bocas de los cañones destructores, gemelos, que asomaban por el vientre, hacia proa. Ganz se dijo que Tsigor había tenido una buena idea al instalar aquellas armas en algunas de sus naves.

En dos saltos, trepó al interior y alcanzó el puesto de pilotaje. El mando de los cañones estaba bien a la vista. No podría fallar.

Cerró la escotilla y activó los controles de elevación. El suelo se alejó suavemente. Luego, Ganz orientó la nave hacia la mina. Pudo verla muy pronto desde unos doscientos metros de altura.

Había allí unos millares de personas, que habían sido llevadas a Taghat a la fuerza. Terminada aquella operación, Tsigor iniciaría la construcción de una tercera nave, que le permitiera en su día incendiar una tercera estrella. Ganz no podía consentir que unos hombres nacidos libres, por muy primitivos que fuesen todavía, vivieran en la esclavitud.

Evolucionó sobre la mina lentamente, dándose cuenta de que le contemplaban centenares de ojos. Había un par de naves estacionadas en una explanada cercana. Ganz supuso que debían de ser las que traían suministros y pertrechos.

Los cautivos no aparecían a la vista. Seguramente, estaban encerrados en sus barracones, enormes, cada uno de ellos capaz para varios centenares de personas. Aquél era un género de vida inhumano, infamante.

Ganz vio también numerosos guardias custodiando un gran recinto vallado, en cuyo interior se hallaban los esclavos. De repente, se lanzó al ataque.

CAPITULO X

Los primeros disparos fueron dirigidos contra las dos naves, que volaron con horrísonos estampidos. Los soldados, aturdidos, echaron a correr en todas direcciones.

Otra descarga hizo saltar por los aires la cinta transportadora. A continuación, Ganz atacó el ascensor que conducía al fondo del desfiladero. Con dos disparos, destruyó la estructura superior. El ascensor y la torre se precipitaron ruidosamente al fondo.

Los guardias corrían alocadamente en todas direcciones, sin saber qué hacer. Ganz divisó un edificio que parecía destinado a dirigir los trabajos y lo abrasó con una certera descarga.

Columnas de humo subían por todas partes. Ganz dio un par de vueltas más sobre el campamento y luego se detuvo en el centro. Asió un micrófono y dio el máximo de potencia a los altavoces:

- ¡Atención a todos los hombres de Tsigor! ¡Habla el capitán Ganz, de los Exploradores-Detectores Galácticos! En nombre del Gran Consejo General, ordeno a todos los nacidos en Stennix se agrupen en el centro del campamento, sin armas y con las

manos en la cabeza. Si antes de cinco minutos no se ha cumplido esta orden, haré fuego directo sobre las personas.

Fue suficiente. Uno a uno primero, luego por pequeños grupos y, finalmente, en nutridos pelotones, todos cuantos habían estado actuando en aquel lugar, fueron concentrándose en el lugar señalado. Entonces, Ganz tomó tierra y saltó de la nave.

- ¿Quién es el encargado de los trabajos? — preguntó.

Un hombre se adelantó, reticente.

- Yo, ingeniero Virdahl — se presentó—. Pero estamos aquí, por orden de Tsigor...
- Es una orden ilegal. Taghat está deshabitado y para ocuparlo, se necesita permiso del Gran Consejo Superior. Tsigor lo hizo sin permiso y, por tanto, su autoridad aquí es absolutamente nula.

Virdahl se encogió de hombros.

- Pídele responsabilidades a él, no a mí.
- Es posible que lo haga. Mientras tanto, dime, ¿cuántos esclavos teníais aquí?
- Entre siete y ocho mil... No los he contado...
- No te costaron nada, ¿verdad?
- Los trajo Tsigor. Me encomendó un trabajo y he procurado cumplirlo lo mejor posible, eso es todo.

Ganz perdió los estribos y arreó al sujeto un terrible puñetazo, que lo tiró de espaldas.

-— Estás destituido de tu cargo — exclamó —. A ver, ¿quién es el segundo en el mando?

Otro hombre se adelantó, aprensivo.

- Ingeniero Rukhammon — dijo.
- Voy a darte una orden, Rukhammon. Entre los prisioneros, habrá, sin duda, alguien con categoría de jefe.
- Sí, es un tal Ur-Ti...
- Tráelo a mi presencia inmediatamente. ¡Que venga el comandante de la guardia!

Un hombre, con divisas de coronel, en las hombreras, adelantó unos cuantos pasos y se presentó.

- Os voy a dejar libres — anunció el joven—. Pero te recomiendo abandones el lugar cuanto antes. Si los esclavos toman represalias, no me opondré siquiera.

El oficial se lamió los labios.

- Este planeta está deshabitado…
- Ya enviaré aviso para que vengan a recogeros. Marchad hacia el Sur inmediatamente. Pasaréis unos días de privaciones, pero salvaréis la vida.

El hombre asintió. Minutos más tarde, un enorme grupo, compuesto por unos cuatrocientos hombres, emprendía la marcha en la dirección señalada.

Rukhammon regresó, acompañado por un sujeto, que vestía solamente un taparrabos de tela. Era un tipo alto, fornido, de unos cuarenta años.

- Yo soy Ur-Ti, jefe del pueblo de los «Giphols» — se presentó orgullosamente—. ¿Qué quieres de mí?

—Ur-Ti, tú y los tuyos estáis libres. Desgraciadamente, ya no podéis regresar a vuestro planeta.

- Murieron miles de los nuestros… Los ancianos y los niños fueron sacrificados despiadadamente… Sólo respetaron a los hombres y mujeres fuertes y jóvenes — se lamentó Ur-Ti.
- El hombre que ordenó esa matanza pagará caro su crimen — aseguró Ganz —. Mira esas colinas, Ur-Ti. Al otro lado, hay tierras fértiles, con abundancia de agua. No puedo devolveros un planeta que un ambicioso destruyó, pero sí, en nombre de la autoridad a la que represento, os otorgo la propiedad de Taghat. El tiempo pasará y curará vuestras heridas.

Ur-Ti asintió.

- No te conozco, pero, seas quien seas, mi pueblo y yo no olvidaremos jamás al que nos liberó de la esclavitud y nos dio un lugar para vivir en paz. Siempre que lo desees, serás bien recibido y considerado como uno de los nuestros.

Ganz alargó la mano. Ur-Ti la estrechó con fuerza.

- Anda, comunica la noticia a tu pueblo — dijo el joven.

Ur-Ti dio media vuelta y se alejó. Ganz se encaró con Rukhammon.

- Le aconsejo se marche con los soldados — dijo—. Si Ur-Ti y los suyos tomasen represalias, créame, no levantaría un solo dedo para detener su cólera.
- A nosotros nos ordenaron...
- Rukhammon, ¿qué pensaría usted si le arrebatasen de su país a la fuerza y matasen a millares de los suyos, sin causa justificada? Ur-Ti y su pueblo, usted lo sabe bien, están en esas condiciones. Váyase y purgue con los demás una temporada de aislamiento en Taghat. Un día, Zeryna enviará a recogerles a todos ustedes.

Rukhammon asintió. Ganz volvió a la nave y despegó. Desde una altura prudencial, destruyó a cañonazos todos los fusiles y pistolas neurónicas.

Luego se elevó y acabó de descargar los cañones. Finalmente, regresó al lugar donde le aguardaba Zeryna.

Yaxtol yacía atado en el suelo. Ganz se apoderó de todos los fusiles neurónicos. Luego se dirigió a los soldados.

- Cuando nos hayamos ido, podéis soltar al capitán. Contad al regreso lo que ha sucedido. Conviene que la gente se entere de lo que pasa.

Se volvió hacia la joven y sonrió.

- ¿Vamos?

Zeryna tenía la vista fija en las cumbres de las lomas, que negreaban de gentes.

- ¿Quiénes son? — preguntó.
- Hasta ahora, eran esclavos. Ahora son hombres y mujeres libres, que vivirán en Taghat a partir de este momento. Tsigor destruyó su mundo en el sistema de Orrel-3.
- Tendrá que pagar ese crimen—dijo ella sombríamente.
- Cierto, pero antes tenemos que hacer algo más urgente, recuérdalo.

Zeryna se sintió súbitamente aprensiva.

- ¿Podrás detener la nave? — preguntó.
- Estoy seguro de ello — respondió Ganz firmemente.

* * *

Ganz terminó de ducharse, se secó, vistióse sin prisas y luego, con un cigarro entre los dientes, se encaminó a la cámara de mando. Echó un vistazo a una de las pantallas y luego tendió su vista hacia la negrura del espacio.

Zeryna llegó en aquel momento.

- La comida estará dentro de cinco minutos — anunció ella.
- Gracias. — El se volvió y la miró maliciosamente —. No todo el mundo puede presumir de que una princesa le guise la comida — dijo.
- Una princesa no es diferente a las demás mujeres, al menos, en ciertos aspectos — respondió ella-—. Será mejor que enciendas el cigarro después de comer — aconsejó.
- Muy bien.

Ganz seguía en la misma posición, frente a los grandes ventanales de la proa, con las manos a la espalda.

- Tienes localizada a la nave-bomba, supongo —dijo Zeryna.
- Mira la pantalla. Es ese punto verde situado en el centro.
- No tienes cañones. ¿Cómo piensas destruirla?
- Los cañones de tu nave me ahorraron unos cuantos kilos de explosivos.
- Puede resultar peligroso...
- No lo creas. —Ganz dejó el cigarro sobre la consola—. Me pregunto qué dirá Tsigor cuando se entere del fracaso de su enviado especial, el capitán Yaxtol.
- Si Yaxtol tiene dos dedos de frente, evitará informar de lo ocurrido realmente. Tsigor sería capaz de matarle.
- Bueno, de todos modos, acabará por saber la verdad. Has dicho que la comida está lista, me parece recordar.

Zeryna hizo un gesto con la mano.

- Si el señor tiene la bondad de honrar con su presencia mi humilde mesa...

Ganz la miró de hito en hito.

- Si eso que dices fuese verdad… en el futuro…

Zeryna le sacó la lengua.

- Ni lo sueñes — contestó burlonamente.

Después de una excelente comida, regresaron a la cámara de mando. Zeryna se sentó negligentemente en uno de los sillones, mientras Ganz se dedicaba a saborear su cigarro.

- ¿Cuál es tu plan? — preguntó ella de sopetón.
- Muy sencillo: entrar en la nave y desconectar el piloto automático. Luego accionaré los giróscopos direccionales y situaré a la nave en una órbita que la aleje del sol de AIdryn-4. Finalmente, la haré volar con explosivos, para evitar que algún día pueda chocar contra alguna estrella.
- Destruir veinte toneladas de diamantes — se estremeció ella.
- Veinte mil kilos, veinte millones de gramos… cien millones de quilates… Un buen botín, ¿verdad?
- Podrías tomar unos cuantos kilos, como premio a tu tarea — apuntó la joven.

Ganz hizo una mueca.

- Demasiado dinero me haría perder el sueño…

Zeryna le interrumpió súbitamente al lanzar una exclamación:

- ¡Eh, mira, la nave-bomba ha desaparecido de la pantalla!

* * *

Ganz bajó la vista hacia la pantalla del radar, en la que ya no se veía el punto que señalaba la posición de la astronave lanzada en dirección a Aldryn-4. Durante un segundo, se sintió desconcertado, pero no tardó en comprender lo ocurrido.

- Debiera haber pensado antes en ello — dijo, ceñudo—. Lo que sucede es que no sospeché que se produjera tan pronto.
- Pero ¿qué es lo que ha pasado? ¿Quieres explicármelo, por favor?
- Está bien claro. La estrella de Aldryn-4 se encuentra a doce años luz de tu planeta. Naturalmente, Tsigor no puede esperar doce años para hacer efectivas sus amenazas, y eso es lo que

tardaría la nave, suponiendo que volase a la velocidad de la luz. Por tanto, la pertrechó con sistemas de navegación subespaciales, a fin de reducir el tiempo a la mínima expresión; esto es, una semana, como máximo. Naturalmente, esos sistemas actúan automáticamente... pero pensé que esa transición al subespacio se haría más tarde.

- Debiste haber actuado antes — le reprochó ella.
- Llevamos veinticuatro horas de viaje. Yo me sentía cansado — rezongó el joven—. No soy un superhombre, Zeryna.
- De acuerdo, pero ¿qué piensas hacer?

Ganz entornó los ojos unos momentos. En aquellas condiciones, la nave-bomba estaba fuera de detección. Ni siquiera, lanzándose al subespacio, podría localizarla. Cuando lo hiciese, estarían en la nada, en el no-espacio, desplazándose, vivos y desmaterializados a un tiempo y en una dimensión distinta, a velocidades inconcebibles por la mente humana.

- Tendremos que correr ciertos riesgos — dijo al cabo, ceñudo.
- ¿Cuáles son los peligros?

Ganz se sentó en el puesto del piloto.

- El peor de todos es tener que acercamos demasiado al sol de Aldryn-4 — respondió.
- Ellos pueden haber enviado la nave directamente a esa estrella...
- No. Los controles automáticos deben hacerla surgir en un espacio normal. Si la enviaran directamente, no pasaría nada; ese sol y la nave estarían en dos planos espaciales absolutamente distintos, sin el menor contacto entre sí, tan alejados entre sí como si se encontraran en ambos extremos de la Galaxia.
- Por tanto, aparecerá en el espacio normal, pero... ¿dónde?

Ganz empezó a actuar sobre los controles de la nave.

- Sólo hay una forma de saberlo — respondió—. Saldremos al espacio a la menor distancia posible del sol.
- Y... ¿cuál es esa distancia?
- El sol de Aldryn-4 es muy semejante al terrestre. Lo máximo que podremos acercarnos es a unos cuarenta millones de kilómetros.
- ¿Y si la nave está ya a una distancia inferior?

Ganz torció el gesto.

- Como sea, es preciso evitar que alcance su blanco — contestó.

CAPITULO XI

La nave con la carga que «infectaría» la estrella se encontraba a treinta y ocho millones de kilómetros de su blanco, apreció Ganz con desaliento, una semana más tarde.

Ellos se encontraban a cuarenta y dos millones. Todas las pantallas contra la luz y el calor estaban funcionando al máximo. Aun así, la temperatura en el interior de la nave era insoportable.

- No podremos impedirlo... — sollozó Zeryna.

Ganz no contestó. Estaba muy ocupado preparando los elementos que necesitaba para llevar a cabo su plan. Al cabo de un rato, se levantó y miró fijamente a la joven.

- Zeryna, tengo que dejarte en la nave. La he programado para el regreso automático a Stennix, incluidos los saltos al subespacio. Aterrizará por sí sola; incluso la escotilla se abrirá sin necesidad de que toques un solo interruptor.
- Pero... vas a una muerte segura...
- He cometido un grave error y debo pagarlo — contestó él sombríamente—. Me sentía cansado... pero, en ciertas situaciones, un Explorador-Detector no puede descansar hasta haber solucionado el conflicto, a menos que el agotamiento se lo impida. Y yo, aunque fatigado, no había llegado aún al punto de agotamiento absoluto.
- Al menos, déjame ir contigo...
- No. Tu deber es regresar a Stennix y desenmascarar a Tsigor. Pide a la Asamblea que os sometan a la prueba del psicointerrogador. Tsigor no podrá negarse.

Busca a D'Kir; él te ayudará. Habla también con Japhann Eyrd; tiene muchas amistades. Es un tipo interesado, pero te ayudará por eso mismo precisamente. Tienes que librar a tu pueblo de la tiranía que piensa instaurar Tsigor. Es una labor que merece la pena correr cualquier riesgo.

Zeryna asintió. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

- Philo... Quiero que sepas una cosa — dijo.
- ¿Sí?
- Todo lo que te dije el otro día... es mentira... Te quiero... No sé qué va a ser de mí...

Ganz sonrió suavemente. Cogió la cara de la joven con las dos manos y besó fuertemente sus labios.

- Haz lo que te he dicho — insistió.

Y luego se encaminó hacia la esclusa, en donde ya tenía listos todos los elementos que necesitaba para desarrollar su tarea.

Zeryna quedó en la plataforma próxima, contemplándole a través del velo de sus lágrimas. Sabía que Ganz iba a morir, pero, al mismo tiempo, comprendía que no podía hacer nada por evitarlo.

Ganz agitó ligeramente una mano. La compuerta interna se cerró y Zeryna perdió de vista al hombre a quien amaba.

* * *

Una vez equipado adecuadamente, Ganz pasó al bote salvavidas, que ya había alistado previamente. Ráfagas de intolerable calor le acometieron salvajemente, haciéndole sufrir fuertes vértigos. Pudo sobreponerse y ocupó su puesto de piloto.

Inmediatamente, soltó las amarras magnéticas y lanzó el bote hacia adelante a la máxima velocidad. La nave-bomba navegaba ya por simple gravedad, moviéndose en torno al sol abrasador, según una órbita en espiral decreciente, que inexorablemente la habría de conducir a su destino.

Mientras, la astronave de patrulla viraba de bordo, alejándose de aquel infierno espacial. A pesar de todo, Zeryna conectó las cámaras de popa, a fin de captar en las pantallas visoras imágenes de lo que sucedía.

El bote se empequeñeció hasta que lo perdió de vista. Ganz no podría resistir aquellas terribles temperaturas, a pesar de que había instalado unidades suplementarias de refrigeración. Quizá moriría sin haber logrado su propósito... Sería un sacrificio en vano...

Pero ella regresaría a Stennix y haría saber a todo el mundo la clase de personaje que era Tsigor. Le desenmascararía públicamente y pediría que se castigasen sus crímenes. Era la última voluntad de Philo y su deber era ejecutarla.

Mientras, el bote volaba vertiginosamente hacia la nave-bomba. Con las pantallas en acción, Ganz soportaba a duras penas el infernal calor que se desprendía de aquella estrella, cuya luminosidad era insoportable a tan corta distancia. Se estremeció al pensar que el suplemento de combustible de su frágil astronave podía resultar insuficiente.

La nave-bomba se movía con aparente lentitud. Ganz maniobró para alcanzarla por el costado opuesto al sol, lo que consiguió después de horas de terrible agonía. Cuando el bote quedó protegido por la sombra de la colosal astronave, la temperatura bajó como por encanto. En el vacío, los rayos térmicos no se transmitían. Pero si hubiera pasado al otro lado, habría ardido instantáneamente, como una polilla al acercarse a una llama.

Tranquilamente, empezó a prepararlo todo. Lo primero que hizo fue equiparse con el traje de vacío, al que adosó una unidad refrigeradora. Luego maniobró con todo cuidado, hasta que el bote se encontró a menos de dos metros del casco de la otra nave.

Salió al espacio. Las amarras magnéticas impedían que el bote se despegara. Buscó la escotilla, pero, como había supuesto, estaba bien cerrada y era imposible abrirla desde el exterior.

Ya estaba prevenido. Separándose un poco, encendió un soplete, análogo al que había utilizado contra la planta-hombre. La llama mordió el metal, fundiéndolo como mantequilla.

Un cuarto de hora más tarde, había abierto un orificio circular de metro y medio de diámetro. El aire que había en el interior de la nave escapó con silencioso rugido. Ganz aguardó a que cesara aquel vendaval y luego pasó flotando a través del hueco.

Ahora se elevaba de nuevo la temperatura. Conectó la unidad de refrigeración y avanzó a lo largo de un pasillo, hasta encontrar una puerta, que abrió sin dificultad.

Entonces vio algo que le dejó estupefacto.

Durante unos segundos, no pudo evitar permanecer inmóvil, contemplando aquella enorme bola que refulgía maravillosamente,

despidiendo miríadas de destellos al ser herida por los rayos de luz. Ganz se acercó y tocó la superficie de la esfera, que no era lisa, como parecía a simple vista.

Alguien había realizado una hábil labor de tallado, se dijo, haciendo que los diamantes encajaran unos en otros, hasta formar una masa compacta y sólida. A pesar de la crítica situación en que se encontraba, sonrió. Era uno de los pocos hombres que habían podido ver veinte toneladas de diamantes, reunidos en una sola pieza.

La esfera estaba apoyada en una base circular y sólidamente sujeta a la misma, Pero a Ganz no le interesaban los diamantes.

Buscó la cámara de mando. Había hecho lo más difícil. Ahora, bastaría accionar los mandos, para que la nave se desviase de su órbita...

Un minuto más tarde, hizo una comprobación que le dejó consternado.

Los tanques de combustible estaban completamente vacíos.

Los generadores para la transición subespacial habían recibido la carga precisa, exactamente dosificada, para un viaje que era solamente de ida. No había nada que pudiera modificar la trayectoria de lo que era ya un proyectil tan inanimado como lo habían sido en tiempos la bala de un fusil, una vez salida del cañón.

Apretó los labios unos instantes. Alguna solución tenía que haber, se dijo.

Rápidamente, regresó al bote salvavidas. Sólo había una forma de evitar que la nave continuara una órbita trazada mucho antes. Se preguntó si podría resistir las feroces temperaturas del otro lado.

Pero, sobre todo, ¿sería suficiente el explosivo que había llevado consigo?

Ajeno a otras consideraciones, empezó a actuar. Cada segundo que pasaba podía resultar vital.

La falta de gravedad, por fortuna, le permitía moverse sin excesivas dificultades. Cuando ya se disponía a salir de nuevo del bote, se le ocurrió una idea.

— ¿Cómo no lo habré pensado antes? — se indignó consigo

mismo.

La variación en el plan le hizo perder treinta minutos. Feroces descargas térmicas llegaban implacables desde el sol de Aldryn-4. Paradójicamente, donde mejor se estaba era fuera del bote, en el lado protegido por la astronave. La ausencia de atmósfera, cuyas moléculas permitieran transmitir las horrendas temperaturas que se desprendían de aquel sol, hacía que en el lado de la sombra se encontrase en las mismas condiciones que si se encontrase a cientos de millones de kilómetros de distancia.

Ahora venía lo más difícil. Penosamente, pues, aun a pesar de la ausencia de gravedad, los bultos que llevaba consigo tenían una gran masa y era preciso vencer su inercia adecuada, se arrastró por el costado de la nave, en dirección a la proa. Aunque se encontraba en el lado opuesto al sol, se movía perpendicularmente, como si estuviese en un suelo llano. En el espacio no había arriba ni abajo, salvo la posición de uno con respecto a determinado punto.

Cualquiera que le hubiera estado contemplando desde el bote salvavidas, le habría visto en posición horizontal con respecto al plano longitudinal del mismo. Recorrer ciento cincuenta metros en aquellas condiciones no era tarea fácil.

Por fin, consiguió alcanzar las inmediaciones de la proa. Ahora venía el trabajo más duro. Podía morir abrasado, si se exponía aunque sólo fuese por unos segundos a los rayos solares. A pesar de todo, debía hacerlo.

Ahora se había tumbado sobre el casco y, con la ayuda de una larga pértiga de metal, empujaba el cajón con los explosivos hacia «arriba». Sintió que caían chorros de sudor, a lo largo de sus sienes, como si estuviese bajo la ducha. Con la pértiga, hizo el último esfuerzo. El paquete de explosivos se despegó de pronto del casco y flotó en el espacio, iniciando una lentísima separación de la nave.

Pero no en balde había perdido treinta minutos. Inmediatamente, hizo funcionar el electroimán, que había preparado, activándolo con la electricidad contenida en una pequeña batería, que había necesitado sacar del bote. El bulto con los explosivos inició el descenso de nuevo, hasta pegarse al metal de la nave.

Retrocedió. Sentía que se ahogaba a cada segundo que transcurría. Los últimos momentos, fueron un verdadero infierno. Llegó casi inconsciente al bote y soltó las amarras electromagnéticas. Se

preguntó qué sucedería si fallaba el transmisor que enviaría la señal de radio a la espoleta de ignición. No quería ni pensarlo.

Con sus últimas fuerzas, hizo virar al bote y se lanzó en dirección opuesta a toda velocidad, sin sujetarse siquiera al asiento. Notó que se desvanecía y, desesperadamente, alargó la mano hacia el botón de fuego. Pero la misma aceleración le mantenía pegado al1 asiento. Ahora actuaba sobre su cuerpo una fuerza gradualmente creciente en número de gravedades.

Hizo la última intentona. Los explosivos no resistirían mucho, expuestos directamente al sol. Se consumirían, arderían, pero no se podría aprovechar su potencia de deflagración. Tenía que provocar el estallido.

El índice tocó el botón. Jadeante, con las mandíbulas contraídas, la carne de la cara aplastándose contra los huesos, el corazón a punto de estallarle, disolviéndose en su propio sudor, realizó un definitivo esfuerzo y hundió el botón a fondo.

En la proa de la nave se produjo una cegadora llamarada. No hubo el menor sonido; el estampido no se transmitía en un medio sin atmósfera. Pero Ganz ya no pudo ver el resultado de la tarea. Había perdido el conocimiento.

A millones de kilómetros de distancia, Zeryna vio el fogonazo de la explosión y supo que Ganz había culminado su tarea con el éxito. Pero había dado su vida por salvar la de millones de personas. Cayó de rodillas, se ocultó la cara con las maños y empezó a sollozar amargamente.

* * *

Con paso firme, Zeryna usó una de las puertas laterales de su residencia para llegar hasta sus aposentos, atravesó unos cuantos corredores y alcanzó al fin la puerta de su departamento privado. La joven vestía ahora una blusa ceñida, con un pequeño chaleco rojo, cerrado, pantalones verde oscuro, muy ceñidos, y botas de media caña, blandas, con poco tacón y vueltas en la parte superior. Llevaba guantes de piel, de manopla, y se tocaba con un casquete, de corta visera picuda, adornado con una pluma multicolor. Era el atuendo que le había recomendado Japhann Eyrd, a quien había ido a visitar

tras su llegada. Eyrd se encargaría también de avisar al astrónomo real, Grouff D'Kir.

En la mano derecha llevaba un látigo, también proporcionado por Eyrd. Zeryna abrió con la izquierda y entró resueltamente.

Al ruido de la puerta, dos personas que se hallaban en un diván, se levantaron rápidamente. La mujer se cubrió precipitadamente el seno izquierdo, hasta aquel instante objeto de grandes atenciones por parte de su acompañante masculino. Irritada, pero no turbada, la mujer miró coléricamente a Zeryna.

— ¿Quién eres? — exclamó—. ¿Cómo te atreves a entrar en mis habitaciones sin pedir permiso?

Zeryna contempló al hombre un instante. No le conocía, no llevaba uniforme. Debía de ser un antiguo amigo de la impostora, cuyo parecido, debía reconocerlo imparcialmente, era asombroso.

- Soy Zeryna, princesa — dijo fríamente —. Largo, largo los dos de aquí, inmediatamente.

La impostora se echó a reír.

- ¿Has oído, Ikkus? Esta loca tiene un humor magnífico...

El látigo chasqueó repentinamente y cayó sobre los hombros de la impostora, quien lanzó un chillido de dolor. Su acompañante, bramando de ira, quiso arrojarse sobre Zeryna, pero retrocedió, cuando el látigo hizo una marca rojiza que le cruzaba el rostro.

- Eres tú quien deberá marcharse — dijo Zeryna, presa de un furor indescriptible—, pero no sin que antes alguien haya decidido cuál de las dos es la auténtica princesa. — El látigo chasqueaba sin cesar, hasta que los dos amantes quedaron en un rincón, doloridos y acobardados, y sin atreverse a alzar la voz. Zeryna se dio cuenta de que ambos sabían quién era la auténtica princesa.

Pero no quería que hubiese dudas sobre el particular. Se acercó a una mesa y tocó un timbre. Un minuto más tarde, entraba el oficial de la guardia.

- Capitán—dijo Zeryna—, aquí estamos dos mujeres de idéntico aspecto. Una de ellas es una impostora. ¿Cuánto tiempo llevas en la guardia de palacio?

- Cinco años, señora — contestó el interpelado, sumamente perplejo al encontrarse ante un caso que no se le había presentado jamás en la vida—. Pero... ahora mismo, no sabría afirmar cuál de las dos es la auténtica. ..

La impostora se puso en pie.

- ¡Soy yo! —gritó—. Capitán, te ordeno que arrestes a esta loca, que ha tenido la osadía de azotarme, lo mismo que a mi prometido...
- Capitán — dijo Zeryna—, si llevas cinco años en la guardia, sabrás qué ocurrió exactamente en la fiesta que di el día en que cumplía veintidós años. Hubo un pequeño incidente, no conocido de muchos, aunque si tú mismo fuiste testigo presencial. Trata de recordar y pregúntaselo a ella.

Los ojos del oficial se volvieron hacia la doble.

- Contesta — exigió.

La impostora vaciló. Había sido muy bien instruida por Tsigor y sus secuaces, pero no podía saber pequeños detalles sólo conocidos de los más íntimos. Notó sobre sí fija la mirada del oficial y se sintió incómoda.

- Bue... bueno, recibí a mucha gente... Es imposible que me acuerde de todo lo que ocurrió hace cinco años...
- No ocurrió nada — dijo Zeryna triunfalmente—. No hubo fiesta de cumpleaños. Ese día yo tenía un fortísimo catarro, que estuvo a punto de degenerar en pulmonía Ya llevaba tres días en cama y todavía tuve que permanecer dos semanas más antes de poder levantarme.
- Es cierto — confirmó el oficial.

La impostora se aterró.

- No me hagan nada... Lo diré todo... Tsigor me pagó...

Zeryna hizo un ademán.

- Llévatelos arrestados — ordenó —. Y haz que avisen al Primer Ministro; que k digan que deseo verle inmediatamente.

Momentos después, Zeryna quedaba sola. Se quitó el casquete y empezó a descalzarse los guantes. En sus ojos brillaba la fría resolución de tomar las riendas del gobierno, al menos, hasta que

hubiese nombrado otro primer ministro de confianza. Tsigor sería sometido a juicio y...

Durante un instante, se sintió desfallecer. No podía evitar dirigir sus pensamientos hacia Ganz, abrasado en la explosión. Pero honraría su memoria haciendo que la vida en Stennix volviera a ser la de siempre, sin tiranos que oprimiesen al pueblo

La puerta de la estancia se abrió súbitamente. Tsigor apareció en el umbral. Vio a Zeryna ataviada de una forma poco corriente y arqueó las cejas.

- Me has llamado, señora—dijo.
- Sí — confirmó la joven—. Quiero que presentes tu dimisión inmediatamente.

CAPITULO XII

Hubo un instante de silencio. La expresión de sorpresa de Tsigor fue sustituida por una de burla.

- Eres la auténtica Zeryna — dijo.
- He echado de aquí a la impostora y al amante que le proporcionaste — contestó ella, a la vez que enseñaba el látigo —. El capitán Ojbhir ha sabido reconocer a la auténtica princesa de Stennix.
- ¡Qué lástima!—dijo Tsigor—. Tendré que eliminar a ese oficial que no sabe cumplir con su deber.
- ¡Tsigor! ¡Te he dado una orden! ¡Dimite! —gritó la joven.
- No puedo aceptar órdenes de una impostora. Haré que te arresten y te sometan a juicio, acusándote de haber querido usurpar el puesto que corresponde a la auténtica Zeryna. También te acusaré de daños físicos a nuestra princesa y a su amante...
- ¡Qué! ¿Serás capaz...?
- Por hacer cumplir la ley, serla capaz de todo — contestó Tsigor cínicamente.
- Demostraré la autenticidad de mi personalidad — exclamó ella orgullosamente.
- El juicio será a puerta cerrada, por razones de Estado. Los jueces, naturalmente, serán nombrados por la princesa, a quien yo asesoraré a este respecto. Ahora, imagínate el resultado.

Zeryna apretó los labios.

- Dudo mucho de que consigas... Espera un momento— dijo, sonriendo de un modo peculiar—. ¿Sabes ya que tu campamento, en Taghat, fue destruido?
- Sí, me lo comunicó Yaxtol. Pero eso no importa. Volveré a poner la mina en actividad...
- El capitán Ganz logró desviar la nave-bomba.

El cuerpo de Tsigor sufrió una terrible sacudida.

- ¡No es cierto! —gritó.
- Puedes creerlo. Es tan cierto, y tú lo sabes perfectamente, como que yo soy la auténtica Zeryna. Esa nave ya no provocará la novación del sol de Aldryn-4.
- ¡El bastardo de Ganz! —aulló Tsigor—. Haré que lo busquen por todas partes; lo despedazaré...
- No te molestes, Tsigor. Ganz ha muerto.
- Muerto — repitió.
- Sí. Se sacrificó por salvar el sistema de Aldryn-4. Murió como un héroe. Esa es una palabra cuyo significado tú desconoces en absoluto.
- Bueno — sonrió Tsigor—, así me he quitado de en medio un problema. Pero hay tiempo, hay muchos años por delante para reanudar los trabajos. Después de que te hayan juzgado y condenado a muerte, volveré a tener las manos libres. — Rió fuertemente —. Sobre todo, sin la incomodidad que representaba un tipo como Ganz. No sabes lo aliviado que me siento al saber que está muerto.

Retrocedió un paso y, sin dejar de mirar a la joven, abrió la puerta.

- ¡Guardia! —llamó—. Entren y arresten a esta impostora, que dice ser Zeryna, Princesa de Stennix.

Un hombre se situó ante el umbral. Zeryna lo vio y se tapó la boca con ambas manos, a la vez que sus ojos se dilataban desmesuradamente.

Tsigor captó aquella explosión de sorpresa y se volvió. Una horrible maldición brotó de sus labios en el acto.

- ¡Capitán Ganz! —gritó.
- El mismo, señor — respondió Ganz alegremente.

* * *

Zeryna se sentía desfallecer. ¿Cómo era posible que Ganz hubiera podido sobrevivir a aquella terrible explosión?

Y ahora estaba allí, vistiendo uniforme de capitán de la guardia, con la espada al cinto...

Tsigor no se sentía menos desconcertado. Ganz seguía sonriendo.

- Hola, pequeña — dijo—. ¿No te alegras de verme vivo?

Zeryna dio un paso hacia adelante, pero él la contuvo con un ademán.

- Quieta. Tsigor y yo tenemos que hablar.

El primer ministro se recuperó.

- Hay más guardias que me son fieles...
- Lo dudo mucho — cortó el joven, implacable—. El capitán Ojbhir ha contado lo que sucede. La impostora y su amante están encerrados. Nadie levantará un dedo por ayudarte.

Tsigor retrocedió un paso, terriblemente pálido.

- ha llegado tu hora — continuó Ganz—. Debes responder de todos los crímenes cometidos, empezando por la destrucción de Orrel-3 y la matanza de miles de nativos, a los que consideraste indignos de servir como esclavos en tu mina de diamantes. También tendrás que pagar los asesinatos de las hermanas Zvott. —Los ojos del terrestre centellearon—. Eso es algo que no te perdonaré jamás.
- Tú serás quien pague el haber destruido mis proyectos— dijo Tsigor torvamente—. Empezaste ya hace seis años...
- Sí, cuando querías casar a tu hijo con Zeryna, para así fundar una dinastía que perpetuase tu poder eternamente. Me sorprendiste en su dormitorio, aunque entonces no había ocurrido nada todavía, y tuve que huir precipitadamente... y en parte también, por causas que sólo ella y yo conocemos. Pero a tu hijo tampoco le seducía la idea de convertirse en un juguete tuyo, sólo porque le arrojaras a los brazos de una mujer hermosa, ¿no es cierto?

Tsigor entornó los ojos.

- He tenido que prescindir de él. Es un tonto...
- Un tonto que quiere vivir apaciblemente, cosa que tú no has

sabido comprender jamás, cegado por tu ansia de poder, por la ambición, que te ha hecho matar a miles de personas, sin el menor remordimiento...

- ¡Eran menos que insectos!—aulló Tsigor despectivamente.
- Eran seres humanos — dijo Ganz con sombrío acento.

De súbito, Tsigor desenvainó la espada que llevaba constantemente al cinto.

- ¿Sabes?, voy a darme el gusto de atravesarte como un pollito — dijo con perverso acento —. Aunque soy mayor que tú, todavía se me sigue considerando uno de los mejores esgrimistas de Stennix. Pero te daré la oportunidad de defenderte, capitán Ganz. ¡En guardia!

Sonriendo tranquilamente, Ganz desenvainó su espada.

* * *

Zeryna contemplaba el duelo con ojos desorbitados.

Las espadas chocaban continuamente, despidiendo chispas a la vez que emitían sonidos casi musicales. ¿De dónde había sacado Ganz aquella habilidad en la esgrima?, se preguntó.

Había creído verlo atravesado en los primeros golpes, pero el combate duraba ya casi diez minutos y Tsigor no había conseguido todavía perforar la cerrada defensa del terrestre. Tsigor no se sentía menos asombrado. ¿Cómo era posible que aquel hombre parase una tras otra todas las estocadas que le dirigía?

De pronto, simuló una finta al hombro izquierdo. Ganz paró hábilmente. Tsigor lo esperaba y se tiró a fondo, buscando atravesarle el muslo derecho. La herida le debilitaría y...

Pero Ganz, con un salto de más de dos metros, esquivó el golpe. AI caer, desvió la siguiente estocada. Entonces, de súbito, Tsigor comprendió la táctica de su adversario.

Aunque estaba bien entrenado, había veinte años de diferencia. A la larga, tendría que notarse. Ganz era un hombre robusto, capaz de sobrevivir en los más adversos ambientes. Podía resistir mucho más

que él.

Ya no le quedaba otra solución. Lentamente, maniobró para acercarse a la puerta. Con la mano izquierda, tanteó el pomo. Ejecutó un feroz ataque, obligando a Ganz a retroceder vivamente, abrió, saltó fuera y cerró de nuevo. La espada de Ganz se clavó en la madera, fallando el golpe por una fracción de segundo.

Ganz maldijo furiosamente. Por fortuna, la espada no se había quebrado. Dio un tirón, la arrancó y abrió para precipitarse al exterior.

Tsigor estaba ya al final del corredor, disponiéndose a subir por una escalera que conducía a los pisos superiores. Ganz se lanzó en su persecución. De pronto, vio una puerta que se cerraba.

Intentó abrirla. Tsigor había cerrado con llave.

Forcejeó, pero se quedó con el pomo en la mano. Vagamente, oyó los gritos de Zeryna, que corría tras él, pero no hizo caso.

Retrocedió un poco y cargó contra la puerta, que resistió. Profiriendo espantosas maldiciones, tornó a la carga.

Se oyó un fuerte crujido. Ganz alzó el pie derecho y lo descargó con todas sus fuerzas. Las dos hojas de la puerta saltaron con terrible estrépito.

Entonces vio a Tsigor al otro lado de la habitación, junto a una amplia terraza. Tsigor se había colocado a la espalda un propulsor individual.

El traidor le arrojó su espada. Ganz se ladeó y el acero se clavó en la madera, donde quedó vibrando musicalmente. Tsigor lanzó una burlona carcajada, a la vez que se elevaba en el aire.

— ¡Adiós, héroe! Un día volveremos a vemos...

Ganz corrió hacia la terraza. Echó el brazo atrás y disparó la espada con todas sus fuerzas. La espada alcanzó su blanco, justo cuando Tsigor aceleraba al máximo.

La hoja le atravesó la muñeca derecha, con cuya mano accionaba los mandos del propulsor. Tsigor lanzó un aullido aterrador. Con el brazo izquierdo, intentó arrancarse la espada, mientras ascendía a las alturas con velocidad creciente a cada segundo que transcurría.

Pero la espada, tras atravesar la muñeca, se le había clavado también en el hombro. En circunstancias ordinarias, no hubiera sido una herida mortal.

De pronto, se sintió desfallecer. La tierra estaba ya muy lejos. La ciudad no era más que una manchita de distintos colores. Intentó refrenar el ascenso, pero los músculos no le obedecían.

De repente, sintió que perdía el conocimiento.

Ganz estaba en la terraza, con la vista fija en las alturas. Zeryna se le acercó y él rodeó su cintura con un brazo.

- ¿Qué le pasará? — preguntó ella.
- No puede detener el propulsor. Llegará a la estratosfera y perecerá por asfixia. Seguirá subiendo hasta que se agote el combustible que acciona la pila motriz. Depende de la altura a que llegue; puede convertirse en un satélite, que orbite durante unos meses, antes de perder altura y convertirse en una brasa, por fricción con la atmósfera.

Zeryna meneó la cabeza.

- Una sola vida es poco para pagar tantos crímenes — musitó.

Luego, de pronto, se volvió hacia el joven y le puso ambas manos en los hombros.

- Te creí muerto...

Ganz se echó a reír.

- Lo siento, pero tenía que hacerlo así. Era preciso sorprender a Tsigor.
- Pero... no pudiste pasar al otro lado de la nave. El sol te habría abrasado...
- No necesité pasar al otro lado.
- Entonces, la carga explotó prematuramente y no pudo alterar la órbita de la nave-bomba.
- Estás en un error. La nave orbitaba en un plano sensiblemente paralelo al del ecuador de la estrella. Por tanto, al colocar la carga en la proa, ésta se inclinó ligerísimamente *hacia abajo* y un poco hacia el exterior, ya que la carga estaba situada a un par de metros al otro lado del plano ideal vertical de la nave. La desviación fue mínima, pero suficiente para que, a partir de aquel momento, la nave-bomba empezase a

apartarse de su trayectoria.

- Entonces, no cayó en el sol de Aldryn-4...

Ganz metió la mano en el bolsillo y sacó un enorme pedrusco, que parecía brillar con luz propia. Lo hizo saltar un par de veces en la mano y luego lo puso en las de la atónita joven.

- Un pequeño recuerdo de una nave que no «infectó» al sol de un sistema planetario — dijo.

Zeryna contempló arrobada el colosal diamante. Luego, de pronto, recordó algo.

- Tú estabas a bordo de un simple bote... No podías escapar...

Ganz sonrió sibilinamente.

- Había enviado mensajes a otras patrullas. Una de dichas patrullas me recogió, a punto de tostarme, todo es preciso decirlo, y me llevó a lugar seguro. Me atendieron, aunque los únicos daños se reducían a una fuerte deshidratación, y luego me trajeron a toda velocidad a Stennix.
- Llegaste muy a tiempo — dijo ella.

Ganz se puso serio de pronto.

- Desearía haber llegado a tiempo de oírte decir algo que quiero escuchar desde hace años — contestó.

Ella apretó los labios.

- Tendré que pensármelo — contestó.

* * *

Con ojos atónitos, Ganz contempló el cheque que le entregaba el inesperado visitante, a quien había recibido, después de su regreso del cementerio, a donde había ido a colocar unas flores en las tumbas de dos hermanas. Ganz parpadeó, atónito.

- No puedo creerlo — murmuró.
- Es auténtico — rió el visitante, quien se había presentado como primer secretario de la embajada de Al- dryn-4—. En nuestro sistema, opinamos que las condecoraciones son algo superfluo. Preferimos, cuando se trata de recompensar a una

persona que ha realizado algún acto valeroso, darle una determinada cantidad. — El visitante volvió a reír—. Conozco la historia de la Tierra y sé que nos llaman, a los nativos de Aldryn-4, los fenicios de la Galaxia. Usted salvó a nuestro sistema y creemos que ésta es la mejor manera de pagar el inmenso favor que nos hizo…

- Pero… ¡Diez millones!
- Es poco, si consideramos que diez mil millones de personas siguen con vida y libres — respondió el diplomático.

Ganz se quedó solo. Bien, aquel dinero le serviría para iniciar una nueva vida. Zeryna no había dado todavía su respuesta y era demasiado orgulloso para insistir sobre algo que ella sabía de sobra.

Empezó a preparar el equipaje. Estaba en el mismo hotel en el que Elwos intentó secuestrarle. De recepción le avisaron inesperadamente que conectase el televisor, para escuchar el discurso de la Princesa a la Asamblea. Estuvo a punto de negarse, pero pensó que no perdía nada con atender la indicación que acababan de hacerle.

Zeryna apareció, ataviada con las galas propias de su rango. El discurso fue una exposición clara y detallada de todo lo sucedido, a partir del momento en que un traidor Primer Ministro había decidido poner en práctica sus planes imperialistas. Aportó toda clase de pruebas y rogó finalmente a los asamblearios que procediesen a la elección de Primer Ministro, aunque ella recomendaba muy particularmente a Grouff D'Kir, hombre valeroso y de carácter íntegro, el cual había resistido las mayores presiones para no doblegarse a los propósitos del traidor. El nuevo gobierno, añadió, debería proceder a consultar a la computadora, acerca de la persona que debía ocupar su puesto, ya que ella abdicaba de todos sus honores y de su rango a partir de aquel mismo instante.

Estupefacto, Ganz vio que la joven se quitaba la diadema y la dejaba sobre el atril, en el que había leído su discurso. El pequeño cetro y el cinturón que señalaban su rango, acompañaron igualmente a la diadema.

La puerta de la habitación se abrió en aquel momento.

- Hola — dijo Zeryna.

Ganz respingó.

- No puede ser — exclamó—. Estás allí, pronunciando tu discurso…

- Solicité que se hiciera una grabación y que no se emitiera hasta treinta minutos después de mi marcha — explicó ella.

Cerró la puerta.

- Una vez te dije que, si triunfabas, podrías pedirme lo que quisieras — añadió —. Bien, estoy dispuesta.

Ganz entornó los ojos.

- Yo también voy a dimitir — dijo.

Zeryna avanzó hacia él y le puso los brazos al cuello.

- Viviremos pacíficamente, sin el agobio de las tareas de gobierno, sin que tengas que pasarte meses y meses en el espacio... y sin temor a una tormenta en el cosmos.
- Así será — contestó él, inclinándose para besarla.

FIN